

Marcos conceptuales y problemas historiográficos por Luciano Alonso

En la presente sección se ofrecen algunas reflexiones sobre conceptos básicos relativos al análisis social y problemas que guardan importancia en función del estudio de las estructuras sociales y políticas del mundo occidental en la época contemporánea, recurriéndose para ello a aportes y citas de diversos autores.

Conceptos relativos al análisis social:

1. La noción de “**sociedad**” presupone una idea de un entramado de relaciones entre agentes individuales y colectivos. A estos últimos podemos identificarlos como “**grupos sociales**”. En la vida cotidiana tendemos habitualmente a la naturalización de los agrupamientos sociales: nuestra familia, el ámbito de nuestra vida diaria, nuestra relación con personas distantes por diversas cuestiones y hasta nuestra inserción en un Estado determinado, nos aparecen como datos dados, como situaciones que consideramos “normales” y que requieren un esfuerzo de voluntad para ser transformadas: separarnos de nuestros parientes, mudarnos, cambiar de profesión, emigrar. En rigor, la continuidad cotidiana de esas relaciones implica un esfuerzo mucho mayor: el de mantener en el tiempo el conjunto de relaciones que articula esos agrupamientos humanos en un espacio determinado.

Los sujetos producidos en una sociedad determinada internalizan los modos dominantes en esa sociedad a través de procesos de construcción permanente del Yo, en relación con procesos de construcción de las identidades colectivas. En esa construcción de los sujetos tienen principal importancia ciertas instituciones, entendidas no como aparatos administrativos sino como formas más o menos estables de relaciones sociales. Las instituciones particulares “fabrican” individuos y hacen posible la continuidad de funcionamiento de un sistema social determinado. Así la familia, la cultura ambiente, el sistema educativo clásico, los medios de comunicación o el mercado son instituciones que fabrican individuos conformes, los que por adhesión a valores y normas o a hábitos de vida realizan y reflejan su sociedad todos los días. “*El esfuerzo del individuo en ser X o en mantenerse como X es, ipso facto, esfuerzo en hacer ser y hacer vivir la institución de su sociedad*”¹.

En el extremo de la falta de análisis sobre la construcción social de la realidad y de la aceptación por los sujetos de un mundo que les viene dado, las relaciones sociales pueden aparecer reificadas, o sea, cosificadas: parece que los trabajadores de una cierta rama de la producción fueran un agrupamiento autocentrado, que podríamos encontrar en cualquier lado, y no un conjunto de personas que sólo tienen sentido como grupo por su relación con otras personas diferentes; o pensamos en el dinero como un objeto y no como algo que representa relaciones de poder, de apropiación y de expropiación entre los individuos.

Esa naturalización y reificación de las relaciones sociales no implica que los actores individuales y colectivos no sean conscientes de sus acciones y de su posicionamiento con respecto a otros. Si supusiéramos algo así confiaríamos exageradamente en la capacidad de los analistas o cientistas sociales para construir una conciencia social esclarecida, distinta de la del común de la población. En palabras de Edward Thompson, subyacería a esa posición una “antropología latente” según la cual todos los hombres y mujeres –salvo los cientistas sociales “esclarecidos”– serían unos completos imbéciles². Los “actores legos” no son tontos, y los cientistas sociales no tienen por qué ser más perspicaces que las personas corrientes al momento de analizar una situación social concreta. De hecho, los cientistas suelen prestar escasa atención a elementos que son centrales para los actores involucrados y que, precisamente por ello, son los elementos estructurantes de la situación; o por cuestiones de conveniencia académica, política o económica suelen callar aspectos evidentes para los participantes de una situación social.

¹ Cornelius Castoriadis, *El avance de la insignificancia*, EUDEBA, Buenos Aires, 1997, p. 29.

² E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Ed. Crítica, Barcelona, 1991.

Sin embargo, también es útil recordar que el análisis de la propia sociedad y de la propia inserción de los sujetos en ella requiere un esfuerzo de “desnaturalización”. Las formas de la familia, de la comunidad, del trabajo o del Estado deben ser comprendidas como contingentes, para poder luego tratar de esclarecer qué tipo de relaciones las estructuran y evaluarlas. En otras palabras, resulta necesario trascender los límites que la ideología impone a los sujetos para la comprensión del mundo social, y para ello es necesario un proceso de develamiento y crítica de nuestros supuestos. Por otra parte, esa misma operación es necesaria para el análisis de otras sociedades lejanas en el tiempo y en el espacio, ya que inevitablemente nuestra sociedad se transforma en el “patrón de medida” o en la “tabla de corrección” a la cual adecuamos nuestros conocimientos sobre esas sociedades. Si no emprendemos intentos de desnaturalización y de ligazón de conocimientos y categorías de comprensión del mundo, ese análisis histórico se transforma en la extrañeza y la incomprensión o en la simple aplicación al pasado y a los otros de lo que nos parece “normal”.

Proponemos entonces plantear una revisión de las nociones comunes sobre “la sociedad” y los “grupos sociales” que, aunque se plantee como un ejercicio de abstracción, no debe llevar a olvidar que obviamente los agrupamientos y las relaciones sociales se establecen en un determinado espacio-tiempo. Puede parecer una observación banal, pero es la clave para comprender su estructuración y para elegir, en cada ocasión, los conceptos ordenadores con los cuales trataremos de estudiar lo social.

2. Immanuel Wallerstein ha planteado que quizás haríamos bien en descartar el término “**sociedad**” debido a su historia conceptual y a las connotaciones que supone. Parece un concepto inocente y quizás sea indispensable, pero en realidad puede resultar engañoso. Wallerstein, que postula que la unidad del análisis social debe ser el sistema-mundo, expresa incluso que se usa de manera automática e irreflexiva: continuamente tratamos de definir ¿qué es una sociedad?, cuando la pregunta debería ser ¿cuándo y dónde se es una sociedad?³

En la terminología heredada del siglo XIX, la noción de “sociedad” implica una división arbitraria con el “Estado”. De esa manera, sociedad y Estado parecen estructuras separadas cuando en realidad las cuestiones de poder, distribución y cultura no son escindibles en esas dos dimensiones, sino que se hallan interpenetradas. Esa distinción tiende también a “despolitizar” lo social, atribuyendo la esfera política únicamente al subsistema de poder que encarnaría el Estado. En la concepción decimonónica que todavía pesa sobre nosotros, a cada sociedad le correspondería un Estado y viceversa, con lo cual el modelo de agrupamiento social dominante es todavía el Estado nacional.

A pesar de esas observaciones, ambos términos están instalados en los complejos de saberes del mundo social y en la práctica de las ciencias sociales, por lo cual es mejor aprovecharlos y resignificarlos. Sociedad y Estado pueden ser dos aspectos a analizar siempre y cuando no olvidemos su íntima interpenetración y estemos atentos a su articulación temporal y espacial. Las estructuras sociales son esencialmente estructuras de poder: capacidad de acción y de colaboración, de control sobre la naturaleza, de dominación de unos seres humanos sobre otros. El complejo sociedad-Estado involucra cierta organización y vehiculización de esos poderes en espacios y tiempos determinados.

Para Anthony Giddens, es posible superar la ambigüedad del término “sociedad” entendiéndola como un sistema social que se destaca de otros conjuntos de relaciones sistémicas. Se trata entonces de identificar conglomerados de instituciones en un tiempo y un espacio, que se precisan en función de tres aspectos: una sede o territorio, ciertos elementos normativos y alguna clase de sentimiento de identidad. En detalle, se trata de:

a) *Una asociación entre el sistema social y una sede o un territorio específicos. Las sedes ocupadas por sociedades no necesariamente son áreas fijas. Las sociedades nómadas siguen itinerarios a lo largo de senderos espacio-temporales de diversos tipos.*

³ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI Ed., México, 1998, p. 265.

b) La existencia de elementos normativos que incluyan el reclamo de legitimidad en la ocupación de la sede. Los modos y estilos de estos reclamos de legitimidad pueden ser muy diversos, desde luego, y ser cuestionados en mayor o menor grado.

c) *La prevalencia, entre los miembros de la sociedad, de sentimientos de poseer alguna clase de identidad común, no importa cómo se exprese o se revele esta. Esos sentimientos pueden ser manifiestos en la conciencia práctica como discursiva y no presuponen un “consenso valorativo”. Los individuos pueden saberse pertenecientes a una definida colectividad sin aceptar que ello sea necesariamente correcto y conveniente*⁴.

Barrington Moore Jr. comparte esos tres supuestos básicos que pueden reconocerse en el sentido del término “sociedad”, pero le agrega una consideración que resulta pertinente destacar. En su uso, el concepto “... se refiere a un amplio cuerpo social de habitantes de un territorio específico que tienen un sentimiento de identidad común, viven bajo un conjunto de acuerdos sociales distintivos y lo hacen con un grado de conflicto que siempre está cerca de la guerra civil”⁵. Esa consideración recuerda que las sociedades se mantienen unidas mediante una constante regulación de la violencia, que incluye el ejercicio de una coerción diferencial sobre los diversos grupos sociales, y que las relaciones entre sus componentes distan de ser armónicas, sino que requieren un esfuerzo sostenido de control y negociación para reproducirse.

Todo esto no quiere decir que siempre sea posible distinguir una sociedad de otras, ni que las sociedades se superpongan claramente a los modelos de Estado nacional de la Modernidad. Muchas veces las sociedades se interpenetran, se intersectan o incluso comparten mismo ámbito espacio-temporal. Además, los sentimientos de identidad que cohesionan el conjunto social pueden distinguirse de o chocar con los sentimientos de pertenencia a grupos más precisos en el seno de ese conjunto. Pero si las sociedades implican formas estables de relación social en un tiempo y en un territorio determinados, el Estado aparece como un actor que en una permanente relación con otras instituciones o instancias da forma a la sociedad. Los problemas sociales de la Modernidad no pueden pensarse con independencia del Estado, aunque más no sea porque nunca antes en la historia de la humanidad hubo esfuerzos tan consecuentes desde las instituciones de poder para modelar la sociedad.

Otro punto a tener en cuenta es que si las sociedades son tales por un modo de organización y un conjunto de relaciones sociales —y específicamente relaciones de poder— en un espacio delimitado, probablemente ya podamos hablar de una “sociedad mundial”. Esto no quiere decir que haya una integración armónica de todos los componentes, sino que el tipo de relaciones sociales que se establecen ya supera los límites de los Estados nacionales y que se encuentra articulado por el poder político-militar y económico de grandes estructuras supranacionales. Incluso ser “marginal” o estar “excluido” de la sociedad es una forma de participar de ella, y en el mundo actual los que poseen esa condición son más que los “integrados”.

3. En el abordaje de los grupos sociales al interior de una sociedad, podemos recurrir a dos conjuntos conceptuales de principal importancia para su identificación y para el estudio de su articulación: el primero está compuesto por la dupla **reconocimiento y redistribución**, y el segundo por la tríada **experiencia, identidad e interés**.

Si es cierto que la sociedad es una totalidad que comparte una sede, una legitimidad y una identidad, también es correcto admitir que se encuentra cruzada por divisiones que son fuente de inequidad e injusticia para muchos sujetos individuales y colectivos. Pensar los aspectos básicos del agrupamiento social con relación a la distribución inequitativa de bienes materiales y simbólicos es una forma de poner al descubierto lo que oculta esa supuesta totalidad.

Nancy Fraser ha tratado de superar el dilema teórico y práctico de los movimientos sociales mediando la diferencia entre problemas socioeconómicos y problemas culturales, considerando las fuentes de injusticia en la sociedad contemporánea en la doble dimensión de injusticia socioeconómica —arraigada en la estructura político-económica de la sociedad— e injusticia cultural o simbólica —arraigada en los modos de representación, interpretación y comunicación

⁴ Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1996, pp. 195-196.

⁵ Barrington Moore Jr., *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México, 1996, p. 25.

dominantes—⁶. Para Fraser, la primera forma de injusticia puede referirse a problemas de redistribución e incluye problemas de explotación, marginación económica y privación de bienes materiales indispensables. La segunda forma hace al reconocimiento e incluye la dominación cultural y la falta de respeto por la cultura o condición social de los individuos. Pero también considera que esas formas de injusticia son sólo una distinción analítica y que en la práctica se encuentran absolutamente entrecruzadas.

Por consiguiente, el análisis de la posición relativa de un grupo social con respecto al conjunto de la sociedad puede realizarse desde los conceptos de redistribución y de reconocimiento. ¿Qué parte del producto social (o del poder, o de las oportunidades) posee un grupo social respecto de otros? ¿Hasta que punto es reconocido en el conjunto social y sus características son respetadas por el resto de los grupos?

El segundo complejo conceptual fue desarrollado en muchas investigaciones concretas por los historiadores sociales ingleses como Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y Raphael Samuel. Con énfasis diferentes, estos autores hicieron hincapié en las experiencias sociales que determinados individuos desarrollaban en relación con otros. Esas relaciones pueden ser experimentadas, en el sentido de que se participa de ellas, tienen efectos concretos sobre las personas y pueden ser aprehendidas como una realidad inmediata. Esa experiencia social es la base de una identidad compartida, por cuanto los seres humanos se reconocen como partícipes del mismo entramado de acciones y relaciones, asumiendo lo que tienen de semejantes entre sí y diferenciándose de otros que no comparten esas experiencias. Y al tiempo que sientan las bases para una identidad de grupo, las experiencias comunes les dan a los individuos la posibilidad de construir una conciencia de sus intereses en cuanto grupo y en su relación con otros grupos⁷.

Las implicancias de esa articulación entre experiencias, identidades e intereses son varias. Sin agotar su análisis, podemos apuntar que, en primer lugar, la propia identificación del grupo social depende de sus formas de identidad. La base de los grupos sociales es entonces concebida como una cultura compartida, que se expresa en símbolos, nociones sobre las actividades propias, formas de sociabilidad, objetos cotidianos, modos de vida y de consumo o formas de habla. Pero también es posible indicar que la asunción de intereses propios, muchas veces contradictorios u opuestos con relación a los de otros grupos sociales, representa un grado más profundo de identidad compartida.

Las identidades sociales pueden entenderse como formas de autoreconocimiento de un grupo social articuladas en torno a distintos elementos simbólicos: relaciones de producción o categorías sociales, género, cultura, religión, etnia o nacionalidad (siempre en el sentido de su percepción o imaginación). Las identidades sociales implican la posibilidad de una conciencia discursiva (lo que individuos determinados pueden decir sobre la situación o sobre los actos del grupo social del cual se reconocen miembros) y de una conciencia práctica (las acciones propias de los miembros de un grupo social que remiten a un conjunto de elementos comunes y a situaciones compartidas)⁸.

El que un grupo social pueda emprender acciones colectivas, o que las acciones individuales de sus miembros tengan algo en común, depende en gran medida de la existencia de una identidad compartida. Pero un aspecto a tener en cuenta es que la identidad es algo fluido, que no se encuentra dado y definido claramente sino que está en permanente tensión. Los mismos procesos de acción social transforman a los sujetos y consecuentemente producen variaciones en sus identidades —por ejemplo, las mujeres que participan de acciones de una asociación feminista no son las mismas que cuando se vincularon a la organización, ya que comparten cada vez más elementos de identidad con sus compañeras, que les permiten conciencias discursivas y prácticas más integradas—. Con el desarrollo de la modernidad no sólo se aprecia la intervención

⁶ Nancy Fraser, *Iustitia interrupta*, Siglo del Hombre / Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá, 1997, capítulo 1.

⁷ El concepto de “experiencia” es central en la obra de E. P. Thompson y no ha sido admitido sin más por otros representantes de la historia social inglesa. En su formulación, es inseparable de los conceptos de clase y cultura. Cf. Geoff Eley, “Edward Thompson. Historia social y cultura política: La formación de la ‘esfera pública’ de la clase obrera, 1780-1850”, en *Entrepasados* N° 6, Buenos Aires, 1994.

⁸ Tanto la distinción entre conciencia práctica y conciencia discursiva como la distinguible entre integración social e integración sistémica, que se plantea más adelante, están tomadas de Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, op. cit.

decidida del Estado y de otras instituciones en operaciones ideológicas tendientes a afirmar ciertas identidades, sino también la proliferación de acciones colectivas ligadas a las más variadas identidades sociales, como las expresadas por los movimientos sociales ligados a valores, géneros, etnias o culturas.

Por su parte, la identidad individual es también una construcción social. Nos reconocemos como individuos a partir de los vínculos que establecemos con los demás. Cada uno de nosotros se puede identificar con una serie de relaciones que lo definen –por ejemplo– como padre, trabajador, desocupado, miembro de una asociación gremial y de otra científica, vecino de una localidad, ciudadano de un Estado, etcétera. Lo trascendente no es sólo el cruce de todas esas formas de identidad, sino cuál de ellas es la más importante cuando se nos exige una definición. “«*El sentimiento de pertenencia*» a algún grupo humano, independientemente de los lazos biológicos que vinculan a las madres con sus hijos, es siempre una cuestión de contexto y de definición social, generalmente negativa, es decir, la de especificar la calidad de miembro de un grupo por la exclusión. Quisiera precisarlo aún más: lo que quiero decir con «identificación» con alguna colectividad significa concebir una identidad que prime sobre las otras, ya que en la práctica todos somos seres multidimensionales. No existen límites en la cantidad de formas en las que podría autodefinirme, todas simultáneamente verdaderas, como bien saben los que elaboran las preguntas en los censos. Puedo autodescribirme de cientos de maneras diferentes, y para ciertos propósitos elegiré privilegiar una identidad antes que otra, pero sin suponer ni por un instante que esa excluirá a las demás. (...) Lo único que se espera de mí es que opte entre una de esas identidades cuando alguna autoridad o situación externa me obligue a elegir una identidad, puesto que dos o más de esas opciones podrían ser consideradas incompatibles, o bien porque una se presenta como más importante que las otras.”⁹

Otra consecuencia de esa vinculación entre conceptos es que las identidades sociales –y por tanto los grupos sociales– no son entidades preexistentes, que se encuentran en la sociedad y comienzan a relacionarse. Si la identidad y la existencia del grupo se fundan en las experiencias compartidas por los individuos, entonces su formación es un proceso permanente en el cual el grupo social se va construyendo a sí mismo en interacción con otros grupos. Y si en ese proceso las experiencias sociales facilitan la formación de un sentimiento de pertenencia y de intereses compartidos, esa identidad y esos intereses podrán retroalimentar y modificar la propia experiencia –un caso frecuentemente analizado es el de la identidad y los intereses obreros, que posibilitan la formación de asociaciones obreras que van a representar un nuevo tipo de experiencia de clase–. En otros términos, experiencia, identidad e interés no son pasos o momentos separados del proceso de formación de los grupos sociales, sino que se van produciendo, relacionando y modificando constantemente.

Por fin, la última consecuencia de la articulación planteada es su carácter agonial, es decir, el hecho de que hace hincapié en los procesos de distinción de los diversos grupos sociales e incluso en su conflicto. La cultura se concibe como un campo en el cual se producen constantemente contiendas ideológicas y en la que distintos grupos tratan de imponer sus visiones del mundo y sus intereses, o por el contrario de autonomizarse con respecto a otros grupos. En esa perspectiva, la formación de grupos sociales es un proceso constante que interpela a todos los individuos de la sociedad y les permite afianzar su participación en el conjunto social, distinguiendo un “nosotros” de “los otros”.

Hay que destacar que esta forma de concebir la articulación profunda entre los individuos que constituyen un grupo social no recurre a elementos exteriores al grupo. Es su experiencia la que funda su identidad, y sus propios intereses son una construcción que se realiza frente a los intereses de otros grupos. Eso no significa que no se pueda aplicar a los grupos sociales formas de identificación analítica que los miembros del grupo no reconozcan. Además del sesgo culturalista en la concepción de los grupos sociales, la historia social inglesa desarrolló también modos de análisis objetivistas que tratan de estudiar las relaciones sociales más allá de la conciencia de los protagonistas. El caso más claro analizado por esta corriente ha sido el de las clases sociales;

⁹ Eric Hobsbawm, “Nación, Estado, etnicidad y religión: transformaciones de la identidad”, *Anuario* N° 16 de la Escuela de Historia, Rosario, UNR, 1994.

en palabras de Hobsbawm, por ejemplo: *"Bajo el capitalismo la clase es una realidad inmediata y en cierto modo directamente experimentada, mientras que en épocas precapitalistas no puede ser más que una construcción analítica que da sentido a un complejo de datos de otro modo inexplicables"*¹⁰.

En esta segunda perspectiva el concepto con el que se identifica a un grupo social es simplemente una categoría heurística, propuesta por el investigador para organizar la evidencia recogida en su trabajo de investigación histórica y social. No se pretende que sea "sentida" por el grupo, que puede identificarse de otras maneras e incluso no reconocerse como un sujeto colectivo. En ese caso, la detección de una experiencia social compartida por ciertos seres humanos – por ejemplo, ser campesinos dependientes– es más importante para el investigador que la forma en la cual esos seres humanos se denominarían a sí mismos en base a otras experiencias sociales –ser miembros de tal comunidad, aldeanos, católicos o protestantes, etcétera–. Esta variante se acerca más a la búsqueda de criterios "exteriores" para el análisis de los grupos sociales como el modelo de reconocimiento y redistribución de Fraser, ya que no importa cuánto crean los miembros del agrupamiento que se les reconoce o se les entrega, sino qué evaluación de eso puede hacerse desde afuera del grupo.

En estos conjuntos conceptuales podemos apreciar la confluencia de diversos criterios de análisis y captar la noción de la sociedad como una totalidad fragmentada. Podemos ahora detenernos en algunos tipos de agrupamientos sociales para caracterizarlos brevemente como unidades de integración social y de integración sistémica.

4. Las unidades de integración social incluyen los agrupamientos humanos que se definen principalmente por relaciones de copresencia. En estos agrupamientos priman las relaciones "cara a cara" y los actores tienen conocimiento directo de la mayor parte de los individuos que forman el grupo social. En consecuencia, se caracterizan por ser formas de integración social en unidades espacio-temporales acotadas.

Esto no implica de ninguna manera que estas relaciones sean ajenas a formas sistémicas de vinculación. Por ejemplo, el parentesco inmediato que identificamos como "familia" es un agrupamiento que se caracteriza por las relaciones de copresencia, pero un tipo de familia específico –como sería el caso de la familia nuclear monogámica– es un modo de relación social extendido en el tiempo y el espacio, que hace a las características generales del sistema social. Asimismo, los lazos de parentesco pueden extenderse a miembros del grupo que son reconocidos como tales a pesar de residir en lugares muy distantes, aunque es cierto que en esos casos se tiene un conocimiento puntual sobre las personas involucradas en la relación.

Los **grupos de parentesco** son precisamente la forma de grupo social más prontamente identificada con este tipo de relaciones, al igual que las **comunidades**. Este último término es a lo menos polisémico y puede hacer referencia a multitud de formas de identidad, pero su anclaje espacial es muy fuerte. La vecindad, el barrio, la pequeña localidad, el paraje, son lugares de identidad y vida compartida. En ellos es posible destacar elementos de vida comunitaria, un medio ambiente común a todos los habitantes y, por consiguiente, algún tipo de pauta cultural compartida. El principal inconveniente de los análisis en términos comunitarios reside en que suelen dejar de lado los aspectos conflictivos y las diferenciaciones sociales en el seno de la comunidad. Probablemente eso sea efecto de una traslación del modo de funcionamiento comunitario, que es por lo habitual fuertemente consensual y que oculta tras la identidad compartida las profundas diferencias que en términos de redistribución y de reconocimiento tienen sus miembros.

Las **corporaciones** o grupos profesionales e institucionales pueden ser también unidades de integración social. No se plantea aquí el modelo de una asociación extensa, según categorías de empleo y profesión, sino el modelo premoderno de corporación como los miembros de un oficio en una sede determinada. Por fin, pueden identificarse grupos sociales de distinta envergadura reunidos en situaciones de copresencia por distintas formas como ser amistad, esparcimiento

¹⁰ Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Ed. Crítica, Barcelona, 1987.

o pertenencia generacional. Podemos definirlos genéricamente como **grupos de afinidad** que reúnen en un “nudo” distintas relaciones sociales de las que participan sus miembros¹¹. Son con toda seguridad los más fluidos y aquellos en los cuales los individuos ejercen ciertos márgenes de mayor autonomía. Pueden sentar la base de un análisis de los grupos sociales en términos de relaciones entre sus miembros, a partir de experiencias, identidades e intereses compartidos, pero sólo en algunos casos tienen impacto en las explicaciones generales sobre el desarrollo social.

Las unidades de integración sistémica se corresponden con agrupamientos en los cuales priman las relaciones dilatadas en el espacio y el tiempo. No implican el conocimiento mutuo de sus miembros, sino el compartir una serie de atributos o condiciones en una duración espacio-temporal, sean estas propias o impuestas desde el exterior a los sujetos. Naturalmente, estas distinciones se entrecruzan con las realizadas en el ítem anterior. Debemos además evitar un reduccionismo absurdo y reconocer que estos agrupamientos implican también identidades que se experimentan junto con personas que conocemos y tratamos cotidianamente, en espacios acotados y en el limitado lapso de nuestras vidas —o, a veces, de partes de ellas—.

Las distinciones de **género** enfatizan la distinción cultural que se oculta tras la identificación de sexos. No hay un acuerdo generalizado sobre el concepto de género: las posiciones varían desde aquellas que consideran su distinción con el sexo innecesaria, porque la sexualidad humana tendría una dimensión irreductible a lo natural, y aquellas que plantean que en realidad las identidades de género no corresponden a ninguna identificación sexual y que se construyen sobre modos de vida, modelos de comportamiento, gestos y relaciones diversas. El desarrollo de las políticas feministas y de libre elección de la sexualidad, así como el desarrollo de los estudios de género, han puesto en circulación en distintos espacios sociales una concepción de las relaciones de género que trata de superar las barreras ideológicas y los modelos biologicistas. En ocasiones la distinción sexo-género actúa como productora de una nueva “imagen naturalizada” de la sociedad, recuperando nociones de lo femenino y lo masculino como organizadores sociales básicos, pero esa observación no puede negar la conveniencia de encontrar modos de análisis que permitan apreciar la forma en la cual se representa la diferencia sexual. En toda sociedad, un orden simbólico e imaginario y una serie de prácticas consideradas femeninas, masculinas o propias de sexualidades alternativas, configuran los modos de representación de la organización social y de la institucionalización¹². En tanto organiza a la sociedad y establece campos de presencia y de ausencia, de lo correcto y lo incorrecto, esa estructura de sexo-género limita el desarrollo autónomo de los sujetos e instituye jerarquías. El análisis de las diferencias de sexo-género es un punto de partida fructífero para apreciar las diferencias de poder, de oportunidades y de beneficios en la sociedad, introduciendo formas de crítica de algo que parece “natural”.

Al igual que los sexos, las **etnias** no son agrupamientos humanos “naturales”, por más que las interpretaciones biologicistas y racistas traten de fundamentar una distinción fisiológica. Qué significa ser “blanco”, “de color” o “indígena” es una cuestión que supera con mucho la identificación de elementos biológicos. Lo étnico es esencialmente un patrón de distinción cultural, al que se pueden asociar estereotipos físicos.

Por su parte, el término **clase social** tiene múltiples acepciones. Representa una precisión mayor respecto de la definición de grupos sociales, al relacionarse con la distribución desigual de la riqueza y el poder. Las clases sociales pueden definirse según su nivel de riqueza (clases ricas / clases pobres), su inserción en las relaciones de producción (clases propietarias / clases trabajadoras, o clases explotadoras / clases explotadas) o su vinculación con el poder (clases dominantes / clases dominadas, o clases hegemónicas / clases subalternas). Hay que destacar que todos esos modos de distinción fueron utilizados por Karl Marx en diversos textos (*Miseria de la Filosofía*, *La ideología alemana*, *El 18 Brumario* y *El capital*), con excepción de la dupla relativa a hegemonía / subalternidad, que proviene de los usos de Antonio Gramsci. Por su parte, Max Weber trató de desarrollar una conceptualización alternativa, que definía preponderante —pero no únicamente— las clases por la situación de mercado y los estamentos por una situación de status;

¹¹ El concepto de “nudo” está desarrollado por Ana María Fernández, *El campo grupal. Notas para una genealogía*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.

¹² Marcela López Machado, “En torno a la naturalización de las mujeres. Una crítica de las implicancias del modelo alternativo Biología – Historia”, en *Revista de la Escuela de Antropología*, UNR, Rosario, T. III, 1996.

expresaba que: “*En oposición a la situación de clase condicionada por motivos puramente económicos, llamaremos situación estamental a todo componente típico del destino vital humano condicionado por una estimación social específica –positiva o negativa– del honor adscrito a alguna cualidad común a muchas personas (...)* Las clases se organizan según las relaciones de producción y de adquisición de bienes; los estamentos, según los principios de su consumo de bienes en diversas formas específicas de su modo de vida... [*y se inspiran*] en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de constituir un todo”¹³.

Las polémicas sobre el uso del término pueden ser inacabables y volverse estériles. Si “clase” es un concepto tan complejo, es porque su definición es estrictamente relacional: toda clase social se define en una relación con otra y en función de entramados de relaciones variables. Quizás debamos repetir aquí las prevenciones de Immanuel Wallerstein, preocupándonos menos por la definición de la clase que por analizar sus condiciones concretas de emergencia en un espacio y un tiempo delimitados.

Las clases sociales pueden ser identificadas por una operación analítica que distinga determinados sectores de otros. En ese sentido, no es necesario que los grupos sociales tengan una conciencia de pertenencia para que se los identifique como clases y tanto en la tradición marxista como en la weberiana se buscaron modos “objetivistas” de identificación de las clases. El concepto sirve entonces como una categoría heurística para organizar la evidencia sobre lo social. Pero además es posible usarlo como una categoría histórica, cuando se refiere a la observación de procesos de formación de identidades concretas, a grupos que producen una cultura y unas instituciones propias.

Para E. P. Thompson, que vincula experiencia, identidad e interés: “*La clase acontece cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes... sienten y articulan la identidad de sus intereses como algo común a ellos y como contrario a otros hombres de (y habitualmente opuestos a) los suyos*”¹⁴. En su concepción la clase social se define a sí misma en un proceso de relación y conflicto con otras clases. De esa manera, la lucha de clases no es un conflicto producido por la existencia previa de las clases, sino que es el proceso en el cual las clases toman conciencia de sí mismas: “*Las clases no existen como unidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico*”¹⁵.

Para el estudio de las sociedades premodernas, se suele preferir un enfoque alternativo al de la clase social, cual es el del **grupo de status**. Como se vio en la alusión a Weber, definidos por la jerarquía, el honor y el modo de vida más que por las relaciones de producción o la riqueza, estos grupos suelen identificarse como estamentos u órdenes. El sentimiento de pertenencia a un grupo definido por esos parámetros puede ser más fuerte que la experiencia de la explotación o la dominación.

Sin embargo, el análisis de status no es una alternativa al análisis de clase sino un complemento¹⁶. Su definición permite atender a problemas habitualmente poco tratados al analizar clases sociales, como por ejemplo la noción de honorabilidad de un sector social –v.g. una aristocracia o nobleza– pero no reemplaza el uso heurístico del concepto de clase ni se contradice con el hecho de que ese grupo actúe a su vez como clase –en el caso apuntado, la aristocracia o nobleza actúa como clase dominante y explotadora sobre el campesinado–. A su vez, como las clases sociales se definen también por identidades compartidas y se caracterizan por ciertas

¹ Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

² Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Ed. Crítica, 1989.

³ Edward P. Thompson, “Inglaterra en el siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?”, en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica, 1984.

⁴ La dupla redistribución / reconocimiento de Nancy Frase, tratada anteriormente, es precisamente un intento de superar la dicotomía clase / status

pautas de consumo y modos de vida, involucran en su definición aspectos similares a los del análisis de status. Los estamentos u órdenes son así formas de distinción social cuyas características básicas no son muy distintas de las de las clases, pero que se encuentran reconocidas y sancionadas por criterios legales o religiosos, siendo entonces propios de sociedades más estructuradas y segmentadas.

En un punto extremo de la distinción social de un grupo privilegiado encontramos la noción de **élite**. Vinculadas al control de elementos de poder político, económico y cultural, las élites pueden tener orígenes diversos, ser más cerradas o más amplias, regirse por criterios de sangre –como en las sociedades de Antiguo Régimen–, o por criterios económicos y meritocráticos –como en las sociedades burguesas–. Incluso puede hablarse de la “élite de la clase”, como el subgrupo más poderoso, calificado e integrado de un grupo social más amplio¹⁷.

Frente a esa identificación de grupos sociales pequeños, es factible pensar también en grandes agrupamientos. La **nación** es concebible como un agrupamiento que –en la época moderna– se superpone con la noción de sociedad. Pero la identidad nacional tampoco es un producto natural y previo a la relación con otras nacionalidades, sino que es resultado de un proceso de construcción de un “nosotros” inclusivo frente a “los otros”. Una profusa bibliografía ha acentuado la concepción de la nación como una construcción de las élites, aunque a su vez es también admisible la observación de Anthony Smith en el sentido de que la construcción de la ideología y la identidad “nacionalistas” no es una pura invención arbitraria, y que en los procesos de su conformación se rescatan tradiciones compartidas y acontecimientos del pasado a los que anteriormente se les daba otra interpretación¹⁸.

La construcción de la nación y de la identidad compartida de toda una sociedad está estrechamente vinculada con los centros de poder, que pueden generar y difundir imágenes, símbolos y relatos de unidad. Las banderas, los himnos, las historias nacionales, la reivindicación de territorios, los monumentos y lugares de memoria, constituyen representaciones de una unidad que implican un esfuerzo de producción¹⁹. El desarrollo de identidades nacionales está en directa relación con el afianzamiento de los Estados modernos, que vinculan a toda la población de un territorio con un sentimiento de pertenencia que ya no se relaciona con una dinastía o con una etnia, sino con la idea de una cultura, un pasado y un porvenir compartidos.

Unificando a la totalidad de la población en un mismo grupo de identidad, el Estado supera la división de la sociedad en un relato que a su vez lo autentica. La uniformización lingüística, la inculcación de una cultura y una historia comunes, la producción de discursos identitarios, reemplazan progresivamente a las identidades parciales. Y es destacable que los grupos sociales y los individuos asumen como propios esos imaginarios y discursos, colaborando en la construcción de la nación. Hay entonces un interés compartido por diversos sectores y una retroalimentación entre las estructuras imaginarias preexistentes al discurso de identidad nacional y las estructuras ideológicas sustentadas por el Estado.

En términos de Pierre Bourdieu, el Estado actúa como un “productor” de asuntos de cultura y de problemas sociales, generando cuestiones que luego son tomadas como pertinentes por los medios de comunicación y las ciencias sociales. Concentrando capital simbólico a través del desarrollo de los campos burocrático, jurídico e incluso científico, el Estado se encarna a la vez en la objetividad de las estructuras u mecanismos específicos y en la subjetividad de las estructuras mentales y formas de pensamiento, llegando a naturalizar una situación cultural. En ese marco, la cultura dominante se presenta como cultura nacional legítima y sus discursos de autenticidad y legitimación se transmiten de manera privilegiada a través del sistema escolar y de diversas formas literarias²⁰. Ello no inhibe el desarrollo de un nacionalismo popular o de naciones

¹⁷ Tom Bottomore, *Élites y sociedad*, Talasa, Madrid, 1993.

¹⁸ Anthony Smith, *La identidad nacional*, Ed. Trama, Madrid, 1997, y “¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la construcción de las naciones”, en Ramón Máiz, comp., *Nacionalismos y movilización política*, Revista *Zona Abierta* N° 79, Madrid, 1997. La concepción de la nación como producto de élites en pugna se puede encontrar en Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 1993.

¹⁹ Eric Hobsbawm, “La producción en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914”, en Revista *Historia Social* N° 41, Valencia, 2001.

²⁰ Pierre Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1999, capítulo 4 “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”.

que buscan formar un Estado. En los procesos de formación relacional y conflictiva de identidades de grupo, los sectores sociales dominados o discriminados pueden construir identidades nacionales sobre la base de diferenciaciones étnicas, religiosas o lingüísticas, que les permiten aglutinarse y perseguir intereses propios.

Por fin, los efectos de una extrema división del trabajo y las posibilidades de los individuos de romper los lazos heredados de una tradición y construir trayectos de vida en función de sus propios intereses, llevan en las sociedades modernas a una profunda **crisis de identidades**. Los marcos de referencia seguros y estables de grupos bien establecidos se diluyen, y los individuos tienden a representar el sentido de su vida y acciones a partir de sus trayectorias y opciones personales, más que de agrupamientos que le vengan dados. Se debilita la idea de "normalidad" y de que hay conductas "naturales", y se impone –al menos en el plano de los discursos– una consideración mayor de la autonomía, la capacidad reflexiva y de decisión de los sujetos, al igual que una constante inseguridad ante la falta de marcos de referencia²¹.

Aunque desconfiemos de las potencialidades individuales en un mundo controlado por agencias de dominación transnacionales, no debemos dejar de observar que las posibilidades de elección y acción se han incrementado respecto de las sociedades tradicionales. Los agrupamientos sociales tienden entonces a establecerse como formas de recomponer comunidades de sentido y construir nuevos espacios sociales. Las opciones de individuos y grupos por determinados valores se tornan importantes al momento de definir las formas de acción social. A veces las acciones estarán condicionadas por una cierta comunidad de vida, como en los casos de agrupamiento social que hemos visto, pero también es posible desprenderse de esos condicionamientos y conformar conscientemente nuevos modos de sociabilidad, que trascienden los límites que imponen las estructuras sociales.

Periodizaciones y problemas:

1. Movimientos de conjunto en el desarrollo de la historia social moderna.

El período que abarca desde el siglo XVIII hasta la actualidad es identificable como la etapa de articulación, expansión y auge de un sistema-mundo que podemos denominar "capitalista". Aunque discrepemos en cuanto al momento en el cual ya es posible identificar ese sistema –el siglo XVI, cuando se sientan las bases de la estructura del comercio ultramarino, o el siglo XIX, cuando se generalizan en los países centrales el trabajo asalariado y el capitalismo industrial–, o incluso con respecto a sus límites –¿estuvo la Unión Soviética «dentro» o «fuera» del sistema?–, es claro que hacia finales del siglo XIX e inicios del XX el sistema-mundo capitalista llegó a ser un verdadero sistema mundial. Hoy, los términos «mundialización» o «globalización» intentan dar cuenta de esa extensión espacial que tiende a ocupar todo el planeta.

Aunque no sea usual recurrir a ella en los estudios de historia social sino más bien en los de la sociología histórica, la concepción de espacialidad y temporalidad aportada por la teoría de los sistemas mundiales puede clarificar el desarrollo del sistema-mundo capitalista. Desde el punto de vista de su dinámica, el moderno sistema mundial pasaría por etapas seculares en las que se identificarían hegemonías sucesivas de Estados ubicados en su centro. El predominio mercantil de las ciudades italianas –especialmente Venecia y Génova– hacia los siglos XV-XVI puede considerarse el primer ciclo sistémico de acumulación de capital. Cuando ese predominio se erosionó dio lugar a la segunda fase de hegemonía, con centro en las Provincias Unidas o Países Bajos del norte (Holanda), que se erigió en potencia central de un nuevo ciclo de acumulación hacia finales del siglo XVI y hasta mediados del siglo XVIII. Su decadencia se saldó con la competencia económica y geopolítica del siglo XVIII entre Francia e Inglaterra, que culminó con la hegemonía de esta última a partir de la revolución industrial. La etapa de hegemonía británica representó durante todo el siglo XIX el triunfo del modelo liberal o de mercado competitivo del capitalismo, pero su agotamiento hacia finales de ese siglo habilitó una nueva confrontación por el control de mercados y la imposición de un modelo de gestión del capital. Esa nueva confrontación se dio entre

²¹ Peter Berger y Thomas Luckmann, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Ed. Piados, Barcelona, 1995.

Alemania y los Estados Unidos de América, y se saldó con dos guerras mundiales de las cuales salió triunfante el modelo de capitalismo corporativo norteamericano, estableciendo un nuevo ciclo de hegemonía que hoy sufre diversas contestaciones.

Asimismo, al interior de esos grandes movimientos podrían detectarse fases de crecimiento y de estancamiento que podrían ser identificadas como "ondas". Para tomar un ejemplo, el crecimiento de la economía en el período que va de 1893 a 1914/20 sería seguido del período de la "Gran Depresión", del cual se saldría recién después de la Segunda Guerra Mundial (1945). Se iniciarían allí los años de apogeo del Estado de Bienestar y a partir de 1971-73 se iniciaría un nuevo ciclo de estancamiento. Como en la economía capitalista no existe un control centralizado y general, las características de alza y baja de los ciclos económicos dependen de las fluctuaciones periódicas de los mercados, a la vez que el estancamiento no es necesariamente negativo para la economía-mundo en su conjunto, ya que implica también reestructuraciones en función del desarrollo desigual de las distintas regiones.²²

Esas tendencias de largo plazo del sistema mundial no se reproducen de la misma manera en todos los ámbitos geográficos, ya sea por el tipo de espacios de los que se trate o por la dinámica diferente de los distintos estados nacionales. Asimismo, las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales tienen diversos ritmos. Las "ondas largas" de crecimiento y de estancamiento se refieren al desarrollo económico, pero también podrían detectarse "tiempos largos" en el sentido de los dilatados procesos de hegemonía reseñados o de los cambios culturales (por ejemplo, desarrollo, apogeo y crisis de la cultura liberal).

En el espacio del moderno sistema mundial podrían diferenciarse estados de centro, de semiperiferia y de periferia. En la concepción de Immanuel Wallerstein, los estados del centro de la economía-mundo son los que concentran mayores controles monopólicos sobre los mercados, lo que les permite apropiarse de transferencias de valor desde las periferias. No se trata de realizar una lectura simplista y proponer que algunas zonas de la economía-mundo exploten a otras porque las dominen; si esa explotación existe, es porque en las zonas de centro operan procesos distintos de los de la periferia, que permiten mayor acumulación de capital, diversificación de la producción y tecnología moderna. La semiperiferia tiene una situación intermedia, lo que posibilita que muchos estados cambien de ubicación en el sistema mundial²³.

Peter Taylor completa el análisis espacial de Wallerstein introduciendo otra forma de división. La distinción entre centro, semiperiferia y periferia representaría una estructura geográfica de separación y control "horizontal", o sea por áreas. Taylor propone distinguir a su vez tres "niveles verticales" o división por escalas, para un mejor análisis. El nivel más abarcativo sería el de la economía-mundo, que integra todas las escalas (y todas las áreas) a partir del mercado mundial y del sistema interestatal. En la teoría de los sistemas mundiales, es el nivel que verdaderamente importa para explicar los procesos y fenómenos sociales. El segundo nivel sería el del estado-nación, que se define por la acción de los aparatos de estado y que se encuentra impregnado de ideología "naciocéntrica". Por fin, la escala más baja, accesible a nuestra experiencia directa, es la escala de la localidad, donde desarrollamos las actividades cotidianas²⁴.

Si tomamos la forma de análisis de la teoría de los sistemas mundiales, los desarrollos de los siglos XVIII al XXI se presentan como movimientos seculares dentro de la economía-mundo capitalista. Tanto el siglo XIX como el XX serían siglos "largos", que se superponen y no coinciden con las centurias del 1800 y el 1900. El siglo XIX, como "siglo británico" comenzaría con el despegue industrial en el último tercio del 1700 y terminaría con la guerra mundial de 1914. Por su parte, el siglo XX sería un "siglo estadounidense" que empezaría hacia 1890 con la progresiva fractura de la hegemonía inglesa en la economía-mundo y que aun no habría terminado²⁵. Actualmente, la elevación de los EUA al nivel de la más importante potencia militar y financiera se combina con el

²² Immanuel Wallerstein, – *El moderno sistema mundial*, tres tomos, Siglo XXI Ed., México, 1979, 1984 y 1998; Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX. Poder y dinero en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal Ed., 1999.

²³ Immanuel Wallerstein, – *El moderno sistema mundial*, op. cit., y *El futuro de la civilización capitalista*, Icaria Ed., Barcelona, 1999.

²⁴ Peter Taylor, *Geografía política. Economía-mundo, estado-nación y localidad*, Trama Ed., Madrid, 1994.

²⁵ Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, op. cit..

desarrollo de nuevos polos económicos y con una inestabilidad permanente que marca una nueva inflexión en la economía mundial.

Un autor enrolado de lleno en la historia social como es Eric Hobsbawm, ha presentado una periodización muy diferente, basada en la idea de un desarrollo capitalista más progresivo que recién llegaría a una articulación completa con la “doble revolución” de fines del siglo XVIII: la revolución política francesa y la revolución industrial inglesa. Para Hobsbawm la transición del feudalismo al capitalismo en Europa occidental seguiría las siguientes fases:

“...Una gran ‘crisis feudal’ durante los siglos XIV y XV, caracterizada por el colapso de la agricultura feudal a gran escala, la manufactura y el comercio internacional, así como por un declive demográfico, varias tentativas de revolución social y crisis ideológicas.

“...Un período de renovada expansión, que transcurre entre mediados del siglo XV y mediados del XVII, y en el que por primera vez se ponen de manifiesto signos de una ruptura importante en las bases y la sobre estructura de la sociedad feudal (la Reforma, los elementos característicos de la revolución burguesa en los Países Bajos) y entre los comerciantes y conquistadores europeos dentro de América y el océano Índico...

“...Otro período de crisis, ajuste de posiciones o retroceso, la ‘crisis del siglo XVII’, que coincide con la primera ruptura frontal con el viejo modo, la revolución inglesa. Inmediatamente después, un período de expansión económica renovada y crecientemente generalizado, que culmina con...

“...El triunfo definitivo de la sociedad capitalista, que virtualmente se produce de forma simultánea en el último cuarto del siglo XVIII a través de la revolución industrial, en Gran Bretaña, y de las revoluciones americana y francesa”.²⁶

En ese marco, el siglo XIX sería un siglo “largo” en el cual se despliega y afianza el modo de producción capitalista, cuyo desarrollo impacta sobre el resto del mundo bajo la forma de imperialismo²⁷. En cambio, el siglo XX sería “corto”, ya que podría considerarse su inicio en 1914 con el atentado de Sarajevo, que dispara la Primera Guerra Mundial, y su final hacia 1991 cuando la misma ciudad era campo de batalla de serbios, croatas y musulmanes bosnios, en la etapa de desintegración de los regímenes comunistas de Europa del este. La característica principal de esta centuria corta sería el hecho de que en oposición al sistema capitalista se construyen Estados de tipo soviético que se dicen socialistas, cuya simple existencia obliga al capitalismo a otorgar una serie de concesiones a los sectores populares para evitar su radicalización. Hasta la desestructuración de los Estados comunistas de Europa oriental y la URSS, ese sistema pretendería ser una alternativa al capitalismo liderado por los EUA. Su colapso dejaría al capitalismo triunfante, pero a la vez como único responsable de una situación mundial de crecientes desigualdades sociales, crisis ecológica e inestabilidad política generalizada.²⁸

Aunque pueden encontrarse muchas otras periodizaciones del desarrollo del capitalismo, los modelos de Wallerstein y Hobsbawm son representativos de enfoques diametralmente opuestos. Ambos modelos, así como la también importante obra de Michael Mann que pone énfasis en la construcción de los Estados modernos y su articulación con las diversas formas de poder social²⁹, confluyen el reconocimiento de que en el siglo XIX se desarrollaron fuertes identidades de clase y de nación. Por contraposición a las identidades segmentadas del Antiguo Régimen, basadas en la adscripción jerárquica de los distintos grupos sociales y en la identificación con elementos religiosos y honoríficos, en el momento de mayor integración del sistema capitalista se manifestaron claramente las distinciones clasistas. En términos de Anthony Giddens, se pasó definitivamente de “sociedades divididas en clases” a “sociedades de clases”, es decir, de sociedades en las cuales las divisiones de clase pueden ser identificadas por el analista social a

²⁶ Eric Hobsbawm, “Del feudalismo al capitalismo”, en Rodney Hilton ed., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Ed. Crítica, Barcelona, 1982.

²⁷ Eric Hobsbawm, *La era de la revolución, 1789-1848, La era del capitalismo, 1848-1875, y La era del imperio, 1875-1914*, Ed. Labor, Barcelona, 1989-1991.

²⁸ Eric Hobsbawm, «Adiós a todo eso», en Robin Blackburn, ed. - *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Ed. Crítica, Barcelona, 1993; *Historia del siglo XX*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

²⁹ Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, tomo 2, Madrid, Alianza, 1997.

otras en las cuales la adscripción a una clase social es sentida e interiorizada por los sujetos³⁰. Las identidades de clase se polarizaron entre las clases propietarias por un lado y las trabajadoras por el otro. Esa fuerte diferenciación favoreció la acción colectiva de las clases subalternas y obligó a las clases dominantes a realizar concesiones o a presentar opciones ideológicas y materiales a los dominados. En ese marco, las narrativas de la nación otorgaron un fuerte sentido de unidad e integración a las sociedades, presentándose como una alternativa a las identidades clasistas, seccionales o segmentadas.

Y todos estos autores también confluyen, aunque con variados matices, en el reconocimiento de que durante el siglo XX las identidades de clase sufren fuertes crisis. El desarrollo de sectores de servicio y de situaciones sociales “intermedias” entre propietarios y trabajadores, impulsados por la creciente división del trabajo y la consecuente complejización de las actividades profesionales, favoreció el crecimiento de las “clases medias”. Estos sectores no tuvieron políticas claras frente a la polarización social y mayormente formaron alianzas con las clases propietarias, pero a la larga se transformarían en un verdadero modelo de status, dados sus modos de vida, consumo y educación. En gran medida, las clases trabajadoras asumirían las aspiraciones de las clases medias, intensificando con ello sus tendencias a privilegiar acciones colectivas que les permitieran mejorar su posición sin alterar los marcos del sistema capitalista.

Por otro lado, la democratización y la complejización de las sociedades de los países centrales y las fuertes tensiones de las sociedades periféricas generaron nuevos actores sociales, distintos de los tradicionales grupos sociales decimonónicos. No se trata de negar que ya en el siglo XIX emergían movimientos sociales que reivindicaban diferencias de género, como el feminismo, o que se centraban en la opción por valores más que en la diferencia de clases, como el abolicionismo o las posiciones que luego podrían ser llamadas ecologistas, sino de reconocer que en el siglo XX esos movimientos adquirieron un nuevo rol social. Ante la decadencia de las identidades de clase, los nuevos movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX confluirían con el auge de nuevas identidades y prácticas. Hoy, el mayor pluralismo de las sociedades se manifiesta en múltiples posibilidades culturales, identitarias y políticas.

2. Las estructuras sociales del “Antiguo Régimen”.

La noción de “Antiguo Régimen” se forjó en el período de luchas sociales que marcaron la caída de las monarquías absolutas y la emergencia de los nuevos Estados de derecho integrados por ciudadanos e identificados con un sentimiento nacional, especialmente en la Francia de 1789 en adelante. Por ello, aunque es relativamente claro cuándo se puede dejar de hablar de Antiguo Régimen, no lo es tanto en el sentido de cuál sería la unidad temporal y las características sociales que tendría ese tipo de sociedad.

La concepción que tengamos sobre la naturaleza de las sociedades de Antiguo Régimen está directamente relacionada con la visión que adoptemos sobre la transición del feudalismo al capitalismo: si defendemos que hacia el siglo XVI ya existía un sistema capitalista o que entre el feudalismo y el capitalismo podemos conceptuar una forma “intermedia” de sociedad –por ejemplo, la “sociedad cortesana” de Norbert Elías³¹–, entonces el período inmediatamente anterior a la Revolución Francesa y a la Revolución Industrial no puede ser caracterizado como feudal, aunque los modos predominantes de ejercicio del poder fueran los de la monarquía absoluta. Sin embargo, es posible defender que el Antiguo Régimen presenta una especial combinación de feudalismo tardío y capital mercantil, en una etapa en la cual el capital no controla todavía en forma plena la esfera de la producción, que en gran parte se estructura sobre relaciones feudales y sobre formas de pequeña producción familiar.

Recordemos que el feudalismo, cuyo momento de articulación sistémica puede encontrarse entre los siglos XI y XIV, se caracterizaba por una vinculación compleja entre poderes político-militares en manos de una nobleza laica y poderes ideológicos ejercidos por el clero. Hacia el siglo XIV el dominio que la Iglesia ejercía en todos los órdenes de la vida comenzó a resentirse y

³⁰ Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, op. cit.

³¹ Norbert Elías, *La sociedad cortesana*, FCE, México, 1996.

a subordinarse a la concentración de poderes que realizaban los Estados europeos, al tiempo que los sectores sociales vinculados a la producción para el mercado y a la circulación del capital tenían un rol cada vez más importante.

Para Alejandro Dabat:

“El estudio de la evolución del feudalismo europeo tiene una enorme importancia para el análisis de la génesis del capitalismo, pues en él se conformó y evolucionó el tipo particular de pequeña producción mercantil que constituyó el núcleo principal de la ulterior transición al nuevo modo de producción. En las páginas que siguen trataremos de exponer las tendencias fundamentales de esa evolución, considerando al feudalismo (como lo sería en mayor medida el capitalismo) como un modo de producción dinámico, conformado tanto por una cierta configuración estructural, como por una determinada lógica interior de desarrollo.

“(…) El núcleo básico de la producción feudal fue la pequeña explotación campesina, que era una unidad agroartesanal de producción y consumo sustancialmente autosuficiente que operaba en el marco de una división doméstica del trabajo y estaba unida al resto de las familias en una aldea por relaciones comunitarias establecidas en torno al uso común de los pastos, bosques, aguas y demás recursos naturales del lugar. La explotación del suelo se efectuaba a partir de instrumentos individuales de trabajo y animales de propiedad familiar, y suponía acuerdos comunales relativos al uso del suelo.

“... el señor feudal (guerrero o dignatario religioso perteneciente a la nobleza, adjudicatario de un «feudo» por servicios rendidos a un superior) imponía su autoridad militar, judicial y fiscal sobre las tierras y los hombres que habitaban su señorío o feudo a partir de un complejo régimen de propiedad efectiva del suelo, conforme el cual el señor mantenía para sí la explotación de la «reserva», las familias campesinas poseían a perpetuidad las parcelas de vivienda y cultivo... y existía un derecho colectivo de uso sobre las tierras comunales. La condición servil del campesinado estaba dada por su fijación a la tierra (no podía abandonarla sin autorización del señor) y por la obligación de mantenerlo y servirlo mediante el pago de «censos» (tributo en especie o dinero), «corveas» (obligación de trabajar gratuitamente en la reserva del señor, etcétera.

“(…) La expansión agraria y el fortalecimiento de la economía campesina generó excedentes para el comercio y la acumulación a una escala muy amplia, traduciéndose en una importante ampliación de la división del trabajo y la diferenciación social que condujo a la aparición de numerosos mercados locales en torno a los cuales se desarrollaron «burgos» y desarrollaron en una perspectiva urbana y comercial a las viejas villas o dominios señoriales y las antiguas ciudades eclesiásticas...

“(…) La gran riqueza excedente concentrada en las ciudades, la ampliación de las capas sociales cultas separadas de la guerra y el culto, la proliferación de las relaciones internacionales y la vida cosmopolita, y los nuevos requerimientos de la nueva sociedad urbana, los nacientes complejos estatales y el goce de las nuevas posibilidades de vida y consumo para las clases superiores, hicieron posible el fenómeno del Renacimiento...

“A su vez, el intercambio mercantil entre los núcleos urbanos y el campo, aún más que el que tuvo lugar en los diferentes núcleos urbanos entre sí, dio lugar a un nuevo tipo de dinamismo extremadamente fructífero que amplió cualitativamente los espacios de movilidad de mercancías, personas e informaciones...”³².

Esta cita nos permite analizar en detalle los elementos que caracterizaron el dinamismo feudal, evitando la concepción de una transición breve y automática al sistema capitalista. Como lo expresa el mismo Dabat en en otras secciones del texto citado, con la crisis de feudalismo en los siglos XIV y XV no se formó una estructura de clase capitalista, sino que la clase dominante continuó siendo básicamente feudal. Pero esa clase no era una nobleza rural de tipo medieval, sino una nueva aristocracia feudal en la que se fusionaban la vieja nobleza de sangre con las clases superiores de la burguesía mercantil y la nueva burocracia absolutista o «nobleza de toga». La relación entre las fracciones típicamente feudales o feudo-mercantiles y las mercantiles o capitalista-mercantiles no estuvo exenta de tensiones, reacomodamientos y luchas abiertas.

³² Alejandro Dabat, *Capitalismo mundial y capitalismos nacionales* – tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, capítulo 2.

En cada región se dieron configuraciones sociales originales, que condicionaron las posibilidades de desarrollo ulterior de los diversos países europeos. Como lo expresa George Rudé:

“En Inglaterra, estas clases [mercantiles] habían conseguido un mayor grado de independencia y autoridad por sus propios medios. Enriquecidas por la expansión comercial y colonial, y las guerras de la Commonwealth y la Restauración se habían aliado a la aristocracia y a la gentry para realizar la «Revolución Gloriosa» de 1688... En ningún lugar, la aristocracia estrechó tantos sus lazos con la clase comerciante: los comerciantes se sentaban en los Comunes, al lado de la gentry, como Caballeros del Condado; duques y marqueses casaron a sus hijos con las hijas y nietas de comerciantes y banqueros londinenses; y los propios grandes terratenientes se mostraban muy activos en el comercio e invertían su capital en la construcción de puertos, las minas y los bienes raíces...

“... Inglaterra siguió un camino peculiar, al embarcarse en las primeras etapas de la revolución industrial, creando una nueva e independiente clase de manufactureros, que comenzaban a enriquecerse con las ganancias del capital industrial, y no del mercantil... Aunque la fábrica movida por maquinaria no era todavía una realidad, el norte industrial estaba surgiendo a orillas de ríos y canales y dejando su huella en el desarrollo social. Uno de los primeros efectos fue la aparición en escena de una clase distinta de entrepreneurs industriales de origen campesino y comercial... Costo tiempo, por supuesto, para que la sociedad aristocrática aceptara a estos hombres, a pesar de su riqueza, en términos que se pudieran considerar de igualdad...

“Por consiguiente, Inglaterra, aunque seguía siendo aristocrática, estaba más cerca que los demás países de la nueva sociedad industrial de clase media del siglo siguiente ¿Significaba esto que su sociedad... era más abierta que cualquier otra —es decir, que había en esencia un mayor grado de movilidad social (o de movimiento de doble dirección) entre su nobleza y las clases comerciantes?... De hecho, durante largo tiempo se ha sostenido que Inglaterra era la única excepción a la regla; y que incluso Francia tenía una sociedad esencialmente «corporativa», en la cual las clases y grupos sociales estaban en su mayor parte congelados dentro de sus enclaves privilegiados; y que fue la virtual ausencia de una situación así en Inglaterra lo que la distinguía de las demás naciones europeas del siglo XVIII.

“... parece que la brecha entre las dos sociedades no era tan grande como se había supuesto anteriormente, y que la sociedad francesa, incluso antes de la Revolución, estaba experimentando una importante transformación. No obstante, la brecha, aunque más estrecha, seguía existiendo. En Francia había sin duda más oportunidades para ascender a través de la adquisición de título [nobiliario] que en Inglaterra; pero hacerlo se volvió cada vez más difícil, y no más fácil, con el transcurso de siglo... En Inglaterra, incluso a finales del siglo, se oían quejas frecuentes de los comerciantes de la City por el tratamiento desdeñoso que recibían de la aristocracia; sin embargo, existían medios suficientes de comunicación entre ambas clases; por ejemplo, en el Parlamento o a través de las actividades comerciales que desarrollaban conjuntamente.”³³.

Dentro de la discusión sobre la naturaleza de las sociedades de Antiguo Régimen, se trató en diversos debates historiográficos sobre si se podían conceptuar como sociedades “de órdenes” o “de clases”. Como se ha expresado antes, la distinción implica una falsa opción ya que la dinámica de los grupos sociales incluye tanto elementos normativos e ideológicos como económicos. Si la estructura social del Antiguo Régimen parece tan apegada al status, es porque los sectores sociales privilegiados como el clero o la nobleza tenían estatutos jurídicos diferenciales del conjunto de la población (el “Tercer Estado”), lo que no impide ver que ambos grupos sociales pueden definirse como clases complejas, con variadas fracciones en su seno de acuerdo a su jerarquía de poder y apropiación de excedentes. Pierre Vilar ha zanjado la distinción con un razonamiento que atiende particularmente a las formas de sanción religiosa y/o jurídica de la división social:

“Jacques Le Goff destaca, respecto al término «orden» en el antiguo vocabulario de las distinciones sociales, que se trata originariamente de una noción eclesiástica, usada al principio

³³ George Rudé, *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Madrid, Alianza Ed., 1981.

sólo para designar a dos grupos: ordo spiritualis, ordo temporalis –el clero, el pueblo–. El conjunto de la comunidad era utraque ordo.

“Fue, pues, en un segundo tiempo, en un proceso de laicización, cuando se fijó la división tripartita: sacerdotes, guerreros, trabajadores.

“¿Deben llamarse «órdenes» a estas tres categorías, y a ellas solas, y a partir de cuándo es adecuado este nombre? Efectivamente, en los siglos XVII y XVIII se usaban: el orden nobiliario, el orden eclesiástico. Para la tercera parte, el pueblo, se decía más bien: el tercer estado. Y para el jurisconsulto Loyseau, teórico de la sociedad francesa del antiguo régimen... existe una tal cantidad de «rangos», «grados», «órdenes particulares», «órdenes subalternos», desde los cardenales hasta los pequeños gentileshombres de la nobleza, desde los oficiales de la justicia y los honorables mercaderes hasta los vagabundos y los pordioseros incluidos en el tercer estado, que es fácil reconocer ahí lo que observábamos a propósito de todas las clasificaciones demasiado sutiles: la división social, incluso en el caso de los «órdenes» deja de ser clara cuando se distinguen tantos grados.

“Cabe preguntarse si para el conjunto de las sociedades feudales no resultaría más adecuada la palabra «estado» que la palabra «órdenes». Estado es internacional: «Stand», «state», «estado», «estament», son las palabras más características de la herencia medieval, puesto que la representación política que corresponde a su representación mental se denomina «los estados» (estados generales, estados provinciales); además, incluye el «tercer estado», el cual, por otra parte... ignora a la capa inferior; el tercer estado son las ciudades, la burguesía, los notables, no todo el pueblo...

“Sin embargo, la palabra «estado», como nombre corriente, tiene otro sentido, otro valor, que caracteriza a la sociedad del antiguo régimen. Se relaciona con la noción de ser. Se es algo en la sociedad, lo que significa que se ha nacido conforme a algo, y que se seguirá siéndolo; las cosas han sido siempre así; los individuos y los diversos escalones que componen la sociedad aceptan los «estatutos» (palabra próxima a la de «estado») que ello comporta. Hay un consenso social sobre las dignidades, los honores, los derechos, los modos de vida, los signos, los símbolos, los deberes, las profesiones posibles, etcétera, que son característicos de cada «estrato» social. Tal es la tesis de Mousnier sobre las «sociedades de órdenes»...

“Personalmente, no creo que haya diferencias de naturaleza entre las sociedades de «órdenes» (e incluso de «castas») y las sociedades de «clases». Sus diferencias se encuentran únicamente en el nivel de cristalización jurídica (o consuetudinaria, o mística) de las relaciones de función. Claro está que ello no disminuye el interés científico e histórico de una clasificación de las sociedades en sociedades con las funciones cristalizadas, los privilegios legalizados y los cambios de una función a otra cargados de dificultades, y sociedades en las que, en principio, el juego económico y social realiza espontánea y libremente la distribución de bienes, funciones y autoridades...”³⁴.

3. El desarrollo mundial de un sistema capitalista a partir de las formaciones sociales europeo-occidentales.

La emergencia de sociedades que podemos denominar “capitalistas” se encuentra en íntima relación con el concepto de un modo de producción capitalista. Michael Mann lo caracteriza de la siguiente manera:

“Permítaseme definir el modo capitalista de producción. Casi todas las definiciones presuponen dos componentes que se combinan para producir un tercero. Son los tres siguientes:

“1. Producción de mercaderías – Cada factor de producción se trata como un medio, no como un fin en sí mismo, y es intercambiable con todos los demás factores. Esto incluye la fuerza de trabajo.

“2. Propiedad privada monopolista de los medios de producción – Los factores de producción, comprendida la fuerza de trabajo, pertenecen formal y totalmente a una clase privada de capitalistas (y no se comparten con el Estado, la masa de trabajadores, la comunidad, Dios, ni nadie).

³⁴ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Ed. Crítica, 1982.

“3. El trabajo es libre y está separado de los medios de producción – Los trabajadores están en libertad de vender su fuerza de trabajo o de retirarla según les parezca; reciben un salario, pero no tienen derechos directos sobre la plusvalía que producen”³⁵.

En principio, pues, la extensión mundial del sistema capitalista implicaría el desarrollo progresivo de ese modo de producción, destruyendo y sustituyendo a las diversas formas precapitalistas de relaciones sociales y dominación. Sin embargo es históricamente comprobable que el desarrollo capitalista también implicó la extensión de modos de trabajo no libre, como el trabajo esclavo, las diversas formas de dependencia personal o el trabajo doméstico femenino, así como transferencias de excedente no basadas en la propiedad privada sino en la aplicación de métodos coercitivos o en el control de mecanismos desiguales, como en el caso de los controles coloniales e imperialistas sobre los países periféricos. En consecuencia, si bien la propiedad privada y el trabajo libre pueden ser los elementos estructurantes del sistema y predominan en los países centrales, no son los únicos. La producción de mercancías se realiza utilizando recursos combinados y produciendo transferencias de excedentes entre regiones con desarrollo desigual.

Recuperando los aportes de Karl Marx y Fernand Braudel para fundar una interpretación tercermundista de la historia, Immanuel Wallerstein ha criticado la concepción del capitalismo como un sistema de libre competencia que homogeneizaría las formas de propiedad y de trabajo:

“La mayoría de los liberales y marxistas de los últimos 150 años han considerado esta imagen de «capitalismo competitivo» como una descripción precisa de la norma capitalista y, por lo tanto, han analizado todas las situaciones históricas que implicaron la no libertad de trabajo / producción / mercancías como desviaciones de esta norma y, por consiguiente, como un fenómeno que debía explicarse. La norma ha reflejado en gran medida una imagen idealizada de lo que se pensaba era el modelo más puro de esa norma: Inglaterra después de la «revolución industrial», donde trabajadores proletarios (casi todos trabajadores urbanos sin tierra y sin herramientas) trabajaban en fábricas que eran propiedad de empresarios burgueses (casi todos propietarios privados del capital de dichas fábricas). El dueño compraba la potencia de trabajo (pagaba un salario) a los trabajadores –en esencia varones adultos– que no tenían otra alternativa, en términos de supervivencia, más que buscar un trabajo asalariado. Nadie ha pretendido que todas las situaciones laborales siguieran este modelo, pero tanto liberales como marxistas han tendido a considerar cualquier situación que difería de este modelo como menos capitalista en la medida de su diferencia

“(…) El trabajo productivo se diferenció del improductivo. Si bien las definiciones exactas de los fisiócratas, de Saint-Simon y de Marx eran bastante diferentes, todos querían definir ciertos tipos de «actividad económica» como no laborales, es decir, como improductivas. Esto ha creado una laguna enorme y muy útil en la definición de capitalismo. Si dentro de los diversos tipos de actividad eliminados por no ser productivos entra un gran número que no cumple con el modelo de una situación laboral capitalista –el ejemplo más obvio, aunque no el único, es el trabajo doméstico– entonces se vuelve mucho más fácil argumentar que la «mayoría» de las situaciones laborales de algunos países es de los tipos descritos en el modelo, y así en verdad tenemos algunos países «capitalistas» en términos de la definición...

“... Si descubrimos –como sucede– que el sistema parece contener amplias zonas de productos mercantizados y no mercantizados, y amplias zonas de propiedad y capital enajenable y no enajenable, entonces por lo menos deberíamos preguntarnos si esta «combinación» o mezcla de lo que se ha denominado libre y no libre no es en sí misma la característica definitoria del capitalismo como sistema histórico”³⁶.

El desarrollo desigual de diversas regiones dentro del sistema mundial y el establecimiento de procesos desiguales al interior mismo de cada región es una consecuencia directa de la expansión capitalista, de la misma manera que lo es la progresiva distinción de los niveles de vida entre los países centrales y los periféricos. Mike Davis ha observado que *“...si bien es cierto que en tiempos de la toma de la Bastilla las principales formaciones sociales del planeta registraban en su seno una fuerte diferenciación vertical entre las clases, esa diferenciación no se reproducía*

³⁵ Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, tomo 1, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

³⁶ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, op. cit.

como una diferencia abismal de ingresos entre esas distintas sociedades. La diferencia de nivel de vida entre, por ejemplo, un pobre francés y un campesino del Decán era relativamente insignificante con relación a la que separaba a cada uno de ellos de su respectiva clase dirigente. Por el contrario, a fines de la era victoriana, la desigualdad entre las naciones era tan profunda como la desigualdad entre las clases. La Humanidad estaba irrevocablemente dividida en dos.”³⁷

Por otra parte, el hecho de que la transición al mundo moderno se haya completado con la revolución política francesa y con la revolución económica inglesa supuso el desarrollo de “modelos” que las élites y clases dominantes de los restantes países podían intentar seguir (o que, en el caso de estimarse peligrosos, como era el caso de la revolución social que había estallado en Francia, debían evitarse). Si la transición hacia el capitalismo se había producido por una serie de crisis sucesivas, las más grandes de las cuales habían sido las crisis sistémicas de los siglos XIV y XV, y por distintas revoluciones emergentes que habían transformado las sociedades de Antiguo Régimen “desde abajo”, ahora era posible utilizar el poder de los aparatos de Estado para transformar la sociedad, produciendo reformas o “revoluciones desde arriba” que permitieran actualizar un espacio geopolítico determinado y hacerlo competitivo frente a otros. Es el caso de países que promueven la adopción de formas capitalistas de propiedad y trabajo así como una fuerte industrialización asistida por el Estado, como es el caso de Alemania y Japón en la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, el reconocimiento de esas tendencias generales no puede ocultar la multitud de maneras particulares de formación de relaciones capitalistas. Para el caso europeo, Dabat ha identificado diversas formas de transición al capitalismo en la esfera de la producción agrícola:

“La revolución agrícola alcanzará su máxima expresión en Inglaterra hacia mediados del siglo XVIII, con la aparición del arrendatario puramente capitalista, la constitución de un proletariado rural completamente separado de la posesión del suelo y la existencia de una clase terrateniente puramente rentista. Este tipo de estructura agraria sólo se dio en muy pocas regiones de Europa, también caracterizadas por su alto nivel de desarrollo económico, como Flandes o Renania. En las áreas más atrasadas, en cambio, el desarrollo del capitalismo en la agricultura adquirió modalidades diversas...”

“Aparte de la inglesa, las vías más significativas de desarrollo del capitalismo en la agricultura europea fueron la prusiana, la francesa y la mediterránea. La primera consistió en la conversión del gran terrateniente feudal en capitalista agrario, sobre la base de grandes latifundios explotados con trabajo servil o semiservil (los casos ruso y de otros países de Europa Oriental constituyen los casos más extremos de esa modalidad). La vía francesa (antes de la revolución) consistió en la conformación de un campesinado minifundista (fuese éste propietario o aparcero) dependiente de la aristocracia feudal no propietaria, a partir de remanentes serviles (pagos por administrar justicia, por uso del molino, por peaje, por cazar o pescar, etc.). Dentro de esta vía, el campesino no propietario (aparcero) era explotado, además, por el propietario burgués del suelo... Después de la revolución desaparecen los lazos feudales y la gran propiedad, y se homogeneiza la pequeña propiedad parcelaria explotada por el capital comercial. Finalmente la vía mediterránea (Italia, España, etc.) en la que un campesinado minifundista no propietario se convierte en aparcero del terrateniente, sea éste de origen noble o burgués”³⁸.

Esa variedad de formas de transición al capitalismo agrario condicionó los desarrollos posteriores de las diversas formaciones sociales. Era lógico que con esas estructuras de clases Inglaterra pudiera desarrollar un mercado interno poderoso, con una amplia división del trabajo, y que eso facilitara –junto con múltiples factores– la emergencia del capitalismo industrial en ese país. Por el contrario, regiones como las del mundo mediterráneo quedaron atadas al control de “capitalistas feudales” o del capital mercantil. En ellas el campesinado no tenía capacidad de acumulación ni reinversión alguna, con lo cual no se producía una revolución agrícola comparable a la inglesa y las posibilidades de industrialización eran menores.

³⁷ Mike Davis, “En los orígenes del tercer mundo. Las hambrunas coloniales, genocidio olvidado», en *Le Monde Diplomatique* Ed. Cono Sur, versión Internet, <http://www.eldiplo.org>, abril 2003.

³⁸ Alejandro Dabat, *Capitalismo mundial y capitalismos nacionales* – tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, capítulo 4.

4. La acción de las clases trabajadoras a partir de la revolución industrial.

El caso de la clase obrera inglesa es ejemplar por varias facetas, pero especialmente porque permite ver en un período secular la constitución de una clase social y la adopción de varios repertorios de acción. Podemos establecer una serie de transformaciones en las acciones colectivas de los trabajadores a partir de la revolución industrial. Hasta llegar al modelo de acción sindical organizada a nivel nacional, se transitó por una variedad de experiencias de dominación y conflicto que condicionaron los modos de acción de la clase y fueron a su vez impactadas por las resistencias o las propuestas de los trabajadores.

Primeramente hay que recordar que en las sociedades previas al capitalismo la adscripción a una clase social no es evidente para los sujetos, que suelen referenciarse a otras formas de identidad. *“Ningún historiador serio se empeñaría en decir que las líneas de escisión social del siglo XVIII se correspondían en un sentido estricto con las divisiones de clase, más horizontales, del siglo XIX. Menos aplicable todavía sería la idea de una conciencia de clase formada. (...) el paternalismo y la deferencia actuaban de manera recíproca para dar lugar a una forma de consenso, o al menos de aceptación social, (...) una «jerarquía sin clases» que perduró hasta el advenimiento de la sociedad industrial.*

*“La forma de protesta que se utilizaba con mayor frecuencia en el siglo XVIII, incluso entre los mineros y los trabajadores industriales, era el motín de subsistencia que se producía debido a los precios de alimentos y no por motivos de tipo industrial. (...) los motines de subsistencia siguieron siendo la forma de protesta predominante por los menos hasta los disturbios generalizados de 1801.”*³⁹

Como lo han estudiado en detalle los historiadores sociales ingleses, las acciones colectivas de los trabajadores se centraban más en el precio y escasez de provisiones –en especial del pan, alimento popular por excelencia– e involucraban a la plebe en su conjunto, sin mayores distinciones sobre su inserción en el entramado de relaciones de producción. Era la comunidad de los pequeños consumidores amenazada por la carestía la que reaccionaba, atacando graneros o mercaderes e imponiendo el “precio justo” que se estimaba debían tener los alimentos en función de los ingresos populares.

Desde finales del siglo XVII pueden rastrearse asociaciones de trabajadores que a veces pueden ser todavía confundidas con los “gremios” medievales en orden a la masiva presencia de artesanos, pero que a semejanza de los modernos sindicatos ya reunían a asalariados del sector. *“Aunque se puede considerar a los hilanderos del algodón como el primer grupo de obreros fabriles que se organizaron, apenas si representan una nueva evolución precoz, porque en muchos aspectos distintos al entorno del trabajo se parecían a los obreros artesanales y su sindicalismo era en gran medida del mismo estilo que el de los obreros cualificados. Sus preocupaciones eran sobre todo proteger su posición como obreros mejor pagados y mantener un control eficaz sobre el acceso a su oficio. Los que les diferenciaba era el hecho de ser muchos más, lo que podría explicar por qué sus conflictos parecían ser más amenazadores que los de los tejedores rurales dispersos. La aplicación de las Combination Laws contra ambos grupos refleja las preocupaciones de las autoridades locales y nacionales.”*⁴⁰

Las acciones colectivas de las clases trabajadoras en proceso de proletarización, durante la época de la revolución industrial, se distinguieron por la fuerte presencia de métodos “ludistas” o de destructores de máquinas, por atentados y otras actividades clandestinas, en el marco de una fuerte represión. La posterior historia de un movimiento obrero organizado que logró reconocimiento legal tiende a opacar esta etapa de acciones directas y violentas contra el capital y los capitalistas, refiriendo en ocasiones al “primitivismo” de esas reacciones. Sin embargo, un análisis de las posibilidades de acción y de los repertorios asumidos por los trabajadores demuestra que no se trataba de irreflexivos estallidos de ira, sino que la adopción de esas formas de lucha

³⁹ John Rule, *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Barcelona, Ed. Crítica, 1990, p. 500.

⁴⁰ John Rule, *Clase obrera e industrialización*, op. cit., p. 391.

estaba en directa relación con las posibilidades que el sistema represivo daba a los asalariados⁴¹. La transformación de las relaciones de fuerza entre los distintos grupos sociales y la progresiva extensión de derechos a distintas capas sociales permitieron luego desarrollar repertorios de acción más variados y obtener resultados más beneficiosos.

En el primer tercio del siglo XIX se produjo, paralelamente al desarrollo de los movimientos de destrucciones de máquinas o de amenazas anónimas, el desarrollo de estructuras sindicales de nuevo tipo y de la huelga como arma privilegiada de las luchas salariales y políticas. *“A lo largo de este período... algunos grupos de trabajadores y algunas partes de Inglaterra avanzaron despacio y con esfuerzo y otros quedaron rezagados; y era frecuente encontrar lo viejo y lo nuevo unidos en difícil equilibrio dentro del mismo movimiento político (...) El Cartismo [movimiento en pro de la ampliación del derecho de voto] es un buen ejemplo de esta clase de movimientos ...”*⁴² *“El Cartismo fue el primer movimiento independiente de la clase obrera inglesa y dominó todo el pensamiento político y los asuntos internos durante los diez primeros años del reinado de la Reina Victoria. (...) extrajo su programa político no (como los artesanos parisienses) de un nuevo conjunto de ideas socialistas, sino de los reformistas radicales del pasado. “No obstante el cartismo fue mucho más que una apelación a la tradición; (...) la Carta era más un medio que un fin: un medio para llenar estómagos vacíos y remediar males sociales tales como la Nueva Ley de Pobres, los magros salarios, las largas jornadas de trabajo, el desempleo y elevado costo de los alimentos.”*⁴³

A pesar del impulso que las luchas de los años 1829 a 1834 dieron a la conciencia de las clases trabajadoras y de la aparición por toda Europa occidental de una prensa radical tanto legal como clandestina, no se formó una clase trabajadora unida a nivel del Estado nacional. Michael Mann ha estudiado con puntual dedicación las luchas obreras del siglo XIX en el marco de la formación de los Estados nacionales, y ha propuesto en base a Marx lo que llama un “modelo IOTA” de desarrollo de las clases trabajadoras, cuyas características pueden apreciarse en la siguiente cita:

“La conciencia de clase representa también una faceta permanente de las sociedades modernas, aunque nunca es pura o completa. La mayoría de las clases dominantes muestran una conciencia ambivalente. Comparten una comunidad cohesiva y una acendrada defensa de sus intereses. ¿Qué grupo social puede jactarse de tener más conciencia de clase que, por ejemplo, la baja nobleza inglesa del siglo XVIII o los Junkers prusianos del XIX? Y, no obstante, negaron que la sociedad estuviera dividida en clases opuestas, pretendiendo que las organizaciones segmentales y local-regionales (apuntaladas quizás por el consenso normativo) eran mucho más importantes. En efecto, las clases subordinadas suelen encontrarse insertas en dichas organizaciones, pero Marx creyó que podrían desarrollar una conciencia de clase. Su modelo sobre la aparición de la conciencia de clase contenía implícitamente cuatro componentes que he señalado en una obra anterior sobre la clase obrera:

*“1. **Identidad.** La autodefinición como una clase obrera que desempeña, junto a los otros trabajadores, un papel específico en la economía. Esta concepción no se asocia necesariamente a la lucha de clases.*

*“2. **Oposición.** La percepción de que los capitalistas y sus gerentes constituyen el enemigo permanente de los trabajadores. La identidad y la oposición sumadas pueden generar el conflicto, pero éste puede no ser extensivo si se limita al lugar de trabajo, a la actividad o a la comunidad local sin generalizarse a clases enteras. De este modo se legitima un conflicto seccional, no de clase.*

*“3. **Totalidad.** La aceptación de los dos primeros elementos como características definitorias de (1) la situación social total de los trabajadores y (2) del conjunto de la sociedad. La suma de (1) añade intensidad a la conciencia del conflicto seccional, y la de (2) convierte la conciencia seccional en un conflicto de clase extensivo.*

⁴¹ E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, op. cit.

⁴² George Rudé, *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica, 1981, p. 210.

⁴³ George Rudé, *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1971, pp. 185-86.

"4. Alternativa. La concepción de unas relaciones de poder alternativas a las del capitalismo. Esto reforzará el conflicto de clase extensivo y legitimará la lucha revolucionaria.

*"Analizaré ahora en qué medida muestran las clases emergentes estos componentes de conciencia de clase. Es probable que la mayor parte de los individuos sientan con mayor intensidad el primero que el segundo, y éstos más que el tercero y el cuarto. Pero es raro que movilicen resueltamente a nadie. También somos miembros de familias, de comunidades y lugares de trabajo interclasistas; de iglesias y otras asociaciones voluntarias, de naciones, etcétera. La mayoría de estas identidades aportan confusión al sentido estricto de clase, y algunas se le oponen. Las sociedades son confusos campos de batalla, en los que lucha por nuestra conciencia toda una multitud de redes de poder. En las sociedades modernas, la clase es sólo una de las principales formas de la identidad de los sujetos. Pero los individuos con circunstancias económicas similares se ven influidos también por otras identidades. Sólo unos pocos experimentarán que su vida está dominada por la identidad de clase, de religión, de la nación o de cualquier otro tipo. Cuando en capítulos posteriores describa la «actuación» de las clases, no representaré imágenes de masas actuando resueltamente, como en las heroicas pinturas proletarias de la antigua Unión Soviética. Normalmente describiré a unos cuantos militantes realmente motivados, capaces de movilizar a un gran número de sujetos, persuadiéndolos de que sus sentimientos de clase son una parte de sí mismos mucho más importante de lo que ellos habían creído. No obstante, incluso en este caso, cabe la posibilidad de que la mayor parte de ellos deseen de corazón seguir siendo leales productores, católicos, ciudadanos, etcétera."*⁴⁴

La riqueza de la cita de Mann es suficiente como para obligarnos a detenernos en ella. Además de la noción de un modelo de distinción de la clase, surgen dos problemas de importancia: primero, el hecho de que las identidades de clase nunca aparecen en estado puro, sino que incluso llegan a ser negadas por el discurso dominante aunque se puedan percibir en la conciencia práctica y discursiva de los actores sociales. Segundo; el que en la mayor parte de las veces la formación de una identidad social en la acción de un grupo determinado no responde sólo a la identidad económica de los sujetos, sino también en gran medida a la capacidad de movilización que los militantes sociales consiguen infundir en diversos grupos: *"... la ideología popular no es puramente asunto interno ni propiedad exclusiva de una sola clase o grupo (...) lo más frecuente es que sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases «populares», mientras que el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera. De éstos, el primero es lo que yo llamo el elemento tradicional, «inherente», una especie de «leche materna» ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva (...) En esta fusión el segundo elemento es el cúmulo de ideas y creencias que «derivan» o se toman prestadas de los demás (...) Hay que tener en cuenta tres factores en lugar de solamente dos: el elemento «inherente» que ...era la base común; el elemento «derivado» o externo, que solo podía absorberse efectivamente si el terreno era preparado de antemano; y las circunstancias y experiencias que, en último término, determinaban la naturaleza de la mezcla final"*⁴⁵. Por consiguiente, sería ilusorio esperar de las formas habituales de acción colectiva la expresión clara y distinta de intereses de clase; recién la organización del movimiento obrero en el siglo XIX –en combinación con otros movimientos emancipadores como el socialista, el abolicionista o el feminista– sentaría la base para la difusión a gran escala de sentimientos de clase entre los sectores trabajadores, siendo Inglaterra uno de los casos de mejor y más profunda conformación de políticas de clase obrera.

Otro aspecto a tener en cuenta es que las innovaciones tecnológicas que posibilitaron la desestructuración final de las relaciones de producción precapitalistas no se difundieron tan rápidamente como se supone. En una fecha tan "tardía" respecto de la revolución industrial como 1860 *"... quedaban todavía muchas actividades sobre las que la oleada de innovación había surtido poco efecto y aunque el contingente laboral estaba más especializado que en 1780; sólo tres de cada diez trabajadores se ocupaban en actividades cuyas técnicas hubieran sido*

⁴⁴ Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, tomo 2, Madrid, Alianza, 1997, pp. 48-49.

⁴⁵ George Rudé, *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Ed. Crítica, 1981, pp. 33 y 45-46.

radicalmente transformadas. Tampoco había desaparecido el empleo de fuerza humana, como podían testimoniar los caldereros o los estibadores de aquellas generaciones e incluso de las posteriores. Existían grandes cantidades de trabajadores eventuales, ocasionales y marginales que formaban verdaderas tribus nómadas en pos de la oferta de empleo, y el número de sirvientes domésticos era mayor que el de obreros textiles; también había más varones trabajando en la construcción que en la minería y las canteras, y los que se ocupaban en la agricultura, horticultura y pesca eran más que los que trabajaban en la construcción y en la minería juntas. Pero el número de mineros aumentaba rápidamente, de 261.000 a 495.000 en los treinta años que siguieron a 1851, porque el carbón era el combustible de la revolución industrial, y no sólo en el sentido literal sino también metafóricamente. Con la diversificación de las actividades productivas, el desarrollo de las herramientas mecánicas y la ingeniería de precisión, se estaba creando lo que Sir Robert Peel, Primer Ministro e hijo de un fabricante de tejidos de algodón, denominó «una nueva raza de hombres». Y por lo que se refiere a las primeras fases de la revolución industrial, podría haber añadido mujeres y niños también.

*“En efecto, las mujeres y los niños constituían una parte importante del nuevo contingente laboral, cuyas formas de trabajo iban paulatinamente adaptándose a la disciplina impuesta por la nueva unidad de producción introducida en los sectores más avanzados de la economía: la fábrica. Sus defensores se enorgullecían del nuevo sistema, revolucionario y abierto a todas las posibles innovaciones de la futura automatización... En cambio, sus detractores lo consideraban un agente de descomposición social, y particularmente familiar. Pero unos y otros, los observadores que lo elogiaban y lo criticaban, como también los obreros que experimentaban sus consecuencias, intuían que el nuevo sistema se había instalado definitivamente en la sociedad”.*⁴⁶

Unas clases trabajadoras tan diversas y con experiencias tan disímiles no podían articular fácilmente identidades e intereses; inclusive podía ocurrir que sus intereses materiales fueran lisa y llanamente contradictorios, como se apreció respecto del trabajo femenino. Si bien el movimiento obrero desarrolló formas muy complejas de luchas y articuló una poderosa identidad, no consiguió superar las divisiones culturales y políticas que lo distinguían de otros movimientos sociales. El desarrollo del siglo XX vería la diversificación del movimiento obrero, sobre el que impactaría la influencia del conservadurismo nacionalista, de las confesiones religiosas e incluso —en casos como el alemán o el italiano— del facismo, quienes decidieron disputar la solidaridad de las clases trabajadoras a los movimientos de izquierda o independentistas.

Por fin, el debilitamiento porcentual y político de las clases trabajadoras tradicionales en el siglo XX, así como el desarrollo de formas de actividad económica y social asociadas a las clases de servicio y a los sectores profesionales generado por el auge del fordismo, minaron el poder social de los sectores obreros, en una época signada por la crisis de las identidades sociales y la fragmentación de las demandas y los movimientos.

5. El contenido social de las revoluciones modernas.

El contenido del concepto “revolución” puede ser muy variable. Desde la época de la Ilustración y sobre todo con la Revolución Francesa, ya no fue entendida como movimiento circular o punto de llegada, sino como punto de partida de un proceso emancipatorio violento con un contenido social. El concepto adquirió con la madurez de la Modernidad una carga programática: pensar la revolución es pensar la forma más radical de acción social orientada al cambio emancipatorio que pueda concebirse. La revolución sería entonces aquel movimiento social en el cual un actor desarrolla conscientemente una tarea transformativa esencial en un sentido de justicia y libertad, propuestos como valores universales a partir de una argumentación racional⁴⁷. Lo que distinguiría

⁴⁶Asa Briggs, *Historia social de Inglaterra*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

⁴⁷ Por supuesto que esperar un desarrollo determinado de los procesos revolucionarios -sean cuales fueran sus supuestos iniciales- es confiar exageradamente en la prognosis histórica; como lo decía Diderot: «¿Cuál será el resultado de la próxima revolución? No se sabe». Las revoluciones son tanto fruto de la voluntad como de las condiciones estructurantes. Los movimientos libertarios, como lamentablemente ha quedado suficientemente probado, pueden culminar en las más atroces limitaciones de la libertad y la justicia. Por su parte, las reformas de actualización histórica promovidas por clases dirigentes deseosas de perpetuarse han arribado eventualmente a sociedades más liberales y distributivas. Una interesante introducción al problema de las relaciones entre conflicto social, cambio social e intencionalidad de los actores se halla en Leopoldo Moscoso, “El conspirador, la comadrona y la etiología de la revolución”, en *Zona Abierta* N° 80/81, Madrid, 1997.

al concepto moderno de revolución sería que "...la meta de una revolución política sea la emancipación social de todas las personas, la transformación de la propia estructura social", con lo que se tornan inseparables los aspectos políticos y sociales⁴⁸: la revolución no puede ser equiparada a los "golpes de Estado", por más que estos puedan encontrarse en su seno y sean hasta necesarios para su triunfo, ni a los "movimientos sociales" que no se proponen el acceso al poder de Estado como mecanismo de cambio.

Desde el punto de vista que estamos tratando, la existencia de un proceso revolucionario presupone un sujeto histórico definido desde alguna forma constructiva de la identidad social -la cultura compartida, la posición jurídica y/o la función de un grupo en el contexto social- que impulsa una acción tendiente a la modificación estructural de la sociedad. Si bien tal sujeto colectivo puede tener una mayor o menor claridad en sus objetivos y en las opciones de la acción, se presupone una intención de producir un cambio social. En términos de Georges Rudé –que reproduce la tesis leninista de la vanguardia– este actor colectivo es un sujeto definido como clase que detenta una conciencia inherente a su situación que en un cierto momento puede conjugar con una teoría derivada desde otro sector social⁴⁹. Sin necesidad de suscribir sin reservas la visión puramente clasista de Rudé y admitiendo la posibilidad de otros sujetos revolucionarios definidos a partir de otras identidades, podemos resaltar el carácter imprescindible de la conciencia de la acción para un uso provechoso del calificativo "revolucionario". Quizás deberíamos guardar el uso del término en cuestión para la modernidad, en tanto que la intencionalidad racional del actor colectivo emergente orientada al cambio emancipatorio no es casi posible por condiciones infraestructurales en las sociedades precapitalistas.

El concepto de "revolución pasiva" lanzado por Antonio Gramsci o el de "revolución desde arriba" propuesto por Barrington Moore Jr. tratan de dar cuenta de procesos en los cuales desde el aparato del Estado se promueve el cambio social como forma de asegurar la continuidad de la dominación. Los términos aludidos identifican bien el origen diverso de movimientos de cambio a costa de perder de vista el problema de su intención divergente. Subordinan a la clarificación de las transformaciones estructurales –datos "objetivos" de la realidad– el análisis de la voluntad emancipatoria y la acción consciente de los sujetos históricos. Las nociones de revolución "pasiva" o "desde arriba" son discutibles porque uniformizan parcialmente procesos muy distintos. En su caso, se trataría mejor de procesos de actualización histórica sin pretensión de contenidos emancipatorios, efectivizados a través de una serie de reformas no necesariamente violentas. En esos procesos las élites y/o clases dirigentes, apoyadas en aparatos particulares para el ejercicio del poder, producen modificaciones sustanciales que alteran su misma inserción en las relaciones de producción/poder a los fines de dar continuidad a sus privilegios, ante la amenaza de sectores emergentes y la desarticulación de los mecanismos de control. Es por ejemplo el caso de países como Alemania y Japón, que mediante fuertes procesos de **reforma** adecuaron durante el siglo XIX sus estructuras económico-sociales, para hacerlas competitivas frente al desarrollo europeo occidental y estadounidense. La existencia de formaciones sociales con estructuras de clases y poder alternativas es normalmente un fuerte impulso para la adopción de reformas desde arriba, entendidas también como opciones ventajosas ante el riesgo de la revolución cuando se producen presiones "desde abajo". Si como plantea Theda Skocpol las revoluciones son "...transformaciones rápidas y fundamentales de la estructura de clases y del estado de una sociedad y van acompañadas, y en parte ayudadas, por revueltas desde abajo", tal vez fuera preferible reservar

¹ La cita es de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ed. Piados, Barcelona, 1993, p. 78. Roger Chartier ha acotado que la revolución implica una transformación radical de la distribución del poder y modificaciones de la estructura social ("Revolución", en J. Le Goff, R. Chartier y J. Revel dtres., *La Nueva Historia*, Ed. El Mensajero, Bilbao, 1988, p. 558), asociación que no sólo parece justa sino también inevitable. Contra la repugnancia de Hanna Arendt por las revoluciones sociales, podría preguntarse si es factible una redistribución radical del poder sin modificaciones de la estructura social. Afirmar que puede haber "revoluciones políticas" contra "revoluciones sociales", es licuar el contenido sustantivo de la política como mediación entre sujetos sociales.

² George Rudé, vid. cita 39.

el uso del término “revolución” y la consecuente adjetivación para los procesos emergentes⁵⁰.

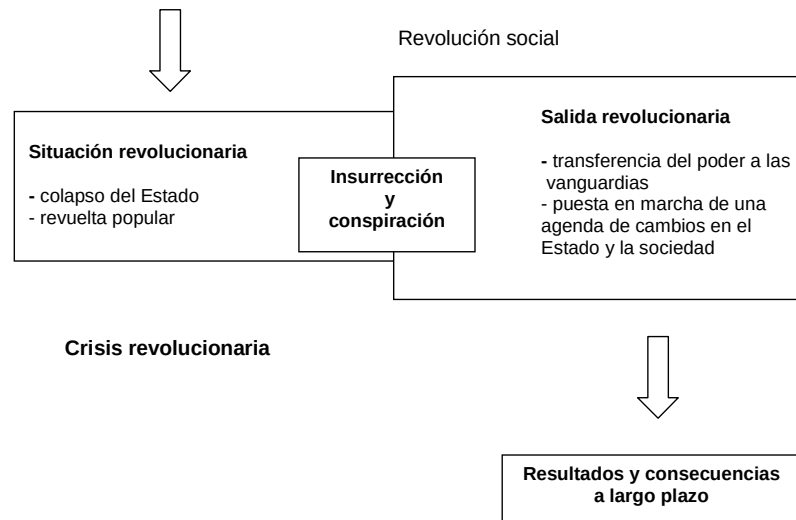
Desde el punto de vista de la historia social, cobra importancia el análisis de cada revolución como movimiento social en un espacio-tiempo determinado –o lo que es lo mismo, en una red de relaciones dada– y la identificación de su singularidad irreductible. La representación historiográfica de las revoluciones implica la producción de explicaciones narrativas que combinen un concepto sociológico con interpretaciones de registros empíricos. De allí la trascendencia del programa de investigación de Trotski, que de acuerdo con Burawoy trata de conjugar un método deductivo con el estudio de las diferencias específicas a nivel nacional, y permite entonces (re)construir a partir del contexto de los conflictos aquellos procesos causales que se van articulando por acciones moleculares⁵¹.

Esa misma noción de procesos causales implica asumir una temporalidad problemática de la revolución, en la cual no hay ni fracturas definitivas ni simples evoluciones, y mucho menos retornos. La explicación narrativa de un “proceso revolucionario” requiere de la concepción del tiempo histórico desde la categoría de la totalidad y de la idea de una “secuencia de coyunturas” en las que se realiza la estructuración de las sociedades. En ese sentido, Moscoso ha propuesto secuenciar las revoluciones sociales en tres grandes fases. El énfasis se pone aquí en el análisis de la **situación revolucionaria** condicionada por causas estructurales, el momento de la **insurrección** en el cual cobran importancia los grupos interesados en la toma del poder –lo que une el problema de la *política revolucionaria* de Lenin con el de la *tecnología revolucionaria* de Blanqui–, y la **salida revolucionaria** de la cual se derivarán los resultados y consecuencias a largo plazo. El establecimiento de esta secuencia de coyunturas básicas implica un proceso causal continuo y cambiante –*proceso de causación* en la terminología de Moscoso– en el cual los procesos “objetivos” se entrelazan con la intencionalidad de los actores⁵². En resumen, una revolución no puede explicarse por la simple voluntad de un grupo conspirador ni por las condiciones estructurales que la posibilitan, sino por ambas cosas y por un proceso histórico concreto en el cual es importante el debilitamiento del poder estatal y una serie de acontecimientos que conduzcan a la salida revolucionaria. El esquema de una revolución social en una secuencia trifásica sería el siguiente:

⁵⁰ Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales*, FCE, México, 1984, p. 4. En esa definición de Skocpol recoge la tradición de una teoría marxista del cambio socio-estructural y del conflicto de clases, aunque en una cierta relativización –»en parte ayudadas...»– podemos ver su desestimación de los sujetos sociales revolucionarios (como apunta Julián Casanova, “Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo”, en *Zona Abierta* Nº 41-42, Madrid, 1986/87). Por otra parte, tanto los movimientos emergentes como los descendentes pueden articularse en procesos dialécticos, y ambos se vinculan indefectiblemente con conflictos de intereses y de visiones de mundo contrapuestas.

⁵¹ Michael Burawoy, “Dos métodos en pos de la ciencia: Skocpol *versus* Trotski”, en *Zona Abierta* Nº 80/81, Madrid, 1997. Para Burawoy el programa de investigación de Trotski presenta tres ventajas más, que no hacen al tema que se trata aquí: su capacidad de someterse a falsación, de realizar predicciones y mirar al futuro –aunque su optimismo revolucionario lo traicionara y fuera aquí Gramsci quien corrigiera la teoría marxista– y de concebir al historiador como inserto “en el medio de la historia”. Para la época del capitalismo –que en un sentido más amplio sería la de la modernidad–, Trotski explica las diferencias nacionales de las configuraciones de clase y sus posibilidades revolucionarias por la aplicación de su teoría del desarrollo desigual y combinado (cf. León Trotski, *Historia de la revolución rusa*, Ed. Sarpe, Madrid, 1985, cap. 1).

⁵² Leopoldo Moscoso, “El conspirador...”, op. cit. Moscoso adopta la “metáfora de la obstetricia” de Trotski como modelo de vinculación entre el análisis de situaciones revolucionarias y el “arte de la insurrección”, para hablar entonces de una “ginecología política” en la cual entran las intenciones de los actores revolucionarios.



El abordaje de las revoluciones no puede limitarse al problema del cambio social, sino que también el análisis de la participación de los distintos grupos sociales, sus identidades, sus expectativas y sus logros, las formas de representación de la sociedad y las permanencias y cambios que se dan en multitud de espacios.

Para apreciar dos interpretaciones disímiles de un proceso revolucionario ejemplar, podemos detenernos en las explicaciones que Eric Hobsbawm e Immanuel Wallerstein ofrecen sobre la revolución francesa. Para Hobsbawm, esa serie de acontecimientos constituye la faz política de la "doble revolución", cuya parte económica sería la revolución industrial inglesa. Ambos procesos, paralelos en el tiempo, representarían el último paso en la transición del feudalismo al capitalismo iniciada con la crisis feudal del siglo XIV. La interpretación que presenta puede resumirse en la siguiente cita:

"El tercer estado triunfó frente a la resistencia unida del rey y de los órdenes privilegiados, porque representaba no sólo los puntos de vista de una minoría educada y militante, sino los de otras fuerzas mucho más poderosas: los trabajadores pobres de las ciudades, especialmente de París, así como el campesinado revolucionario. Pero lo que transformó una limitada agitación reformista en verdadera revolución fue el hecho de que la convocatoria a los Estados Generales coincidiera con una profunda crisis económica y social. ... En circunstancias normales esta situación [de crisis] no hubiera pasado de provocar algunos tumultos. Pero en 1788 y en 1789, una mayor convulsión en el reino, una campaña de propaganda electoral, daba a la desesperación del pueblo una perspectiva política al introducir en sus mentes la tremenda y sísmica idea de liberarse de la opresión y de la tiranía de los ricos. Un pueblo encrespado respaldaba a los diputados del tercer estado

"La contrarrevolución convirtió a una masa en potencia en una masa efectiva y actuante. Sin duda era natural que el antiguo régimen luchara con energía, si era menester con la fuerza armada, aunque el ejército ya no era digno de confianza... De hecho, la contrarrevolución movilizó a las masas de París, ya hambrientas, recelosas y militantes. El resultado más sensacional de

aquella movilización fue la toma de la Bastilla, prisión del Estado que simbolizaba la autoridad real, en donde los revolucionarios esperaban encontrar armas... la caída de la Bastilla extendió la revolución a las ciudades y los campos de Francia.

Las revoluciones campesinas son movimientos amplios, informes, anónimos, pero irresistibles. Lo que en Francia convirtió una epidemia de desasosiego campesino en una irreversible convulsión fue una combinación de insurrecciones en ciudades provincianas y una oleada de pánico masivo que se extendió oscura pero rápidamente a través de casi todo el país: la llamada Grande Peur de finales de julio y principios de agosto de 1789. Al cabo de tres semanas desde el 14 de julio, la estructura social del feudalismo rural francés y la máquina estatal de la monarquía francesa yacían en pedazos. Todo lo que quedaba de la fuerza del Estado eran unos cuantos regimientos dispersos de utilidad dudosa, una Asamblea Nacional sin fuerza coercitiva y una infinidad de administraciones municipales o provinciales de clase media que pronto pondrían en pie a unidades de burgueses armados —«guardias nacionales»— según el modelo de París. La aristocracia y la clase media aceptaron inmediatamente lo inevitable: todos los privilegios feudales se abolieron de manera oficial aunque, una vez estabilizada la situación política, el precio fijado para su redención fue muy alto. El feudalismo no se abolió finalmente hasta 1793. A finales de agosto [de 1789] la revolución obtuvo su manifiesto formal, la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano. Por el contrario, el rey resistía con su habitual insensatez, y algunos sectores de la clase media revolucionaria, asustados por las complicaciones sociales del levantamiento de masas, empezaron a pensar que había llegado el momento del conservadurismo.

“En resumen, la forma principal de la política burguesa revolucionaria francesa —y de las subsiguientes de otros países— ya era claramente apreciable. Esta dramática danza dialéctica iba a dominar a las generaciones futuras. Una y otra vez veremos a los reformistas moderados de la clase media movilizar a las masas contra la tenaz resistencia de la contrarrevolución. Veremos a las masas pujando más allá de las intenciones de los moderados por su propia revolución social, y a los moderados escindiéndose a su vez en un grupo conservador que hace causa común con los reaccionarios, y un ala izquierda decidida a proseguir adelante en sus primitivos ideales de moderación con ayuda de las masas, aun a riesgo de perder el control sobre ellas. Y así sucesivamente, a través de repeticiones y variaciones del patrón de resistencia —movilización de masas / giro a la izquierda / ruptura entre los moderados / giro a la derecha—, hasta que el grueso de la clase media se pasa al campo conservador o es derrotado por la revolución social...”⁵³

Por su parte, Wallerstein descrea que la revolución política francesa y la revolución industrial inglesa representen momentos cruciales en el desarrollo del capitalismo, porque en su interpretación la formación de un “sistema-mundo” ordenado por la economía capitalista ya se produjo hacia el siglo XVI. Las revoluciones políticas y sociales posteriores, como la holandesa del mismo siglo, la inglesa del siglo XVII y las norteamericana y francesa del siglo XVIII, representarían conflictos en el seno de la misma clase dominante de carácter capitalista —sea nobiliaria o burguesa—. Pese a ello los acontecimientos franceses adquieren una notable trascendencia:

“Sin duda [la Revolución Francesa] se trató de una revuelta dramática, apasionada y violenta. En lo que podría denominarse como su expresión primaria, de 1789 (la toma de la Bastilla) a 1794 (termidor) ocurrió la etapa de El Terror, en la que se abolió el «feudalismo», se nacionalizaron las tierras de la iglesia, se ejecutó a un rey y se proclamó la Declaración de los Derechos del Hombre. Esta serie de sucesos culminó en un Reinado de Terror que concluyó con la llamada Reacción Termidoriana. Sin embargo, es evidente que estos sucesos dramáticos no terminaron ahí, pues Napoleón subió al poder y los ejércitos franceses se extendieron a lo largo y a lo ancho de Europa continental. Al principio en muchas regiones se les dio la bienvenida como portadores de un mensaje revolucionario, y años más tarde fueron rechazados como portadores del ánimo imperialista francés...

⁵³ Eric Hobsbawm, *La era de la revolución*, Barcelona, Editorial Labor, 1991.

“Considerándolo todo este acontecimiento se sumó a un remolino político sin precedentes en el mundo moderno. Por supuesto que antes hubo períodos tumultuosos, pero su repercusión había sido diferente. La Revolución inglesa [del siglo XVII] sin duda compartió –en Inglaterra– muchas características con la Revolución francesa, pero su efecto fuera de la isla fue muy limitado, en gran medida porque no se relacionó con ninguna conquista «napoleónica»...

“La burguesía o si se prefiere el estrato capitalista o las clases gobernantes, llegaron a dos conclusiones a partir de la «revuelta revolucionaria en Francia». Una fue la amenaza que se sentía... por lo que pudieran hacer las masas desaseadas, que por primera vez parecían estar pensando en adquirir el poder del estado. La Revolución francesa casi «se había salido de las manos» en varias ocasiones no porque algunos «burgueses» estuvieran buscando cambios políticos, sino porque algunos «campesinos» o algunos «sans-culottes» (extremistas), o algunas «mujeres» empezaron a tomar las armas y a marchar o manifestarse. Los esclavos negros de Santo Domingo hicieron algo más que manifestarse, en realidad tomaron el poder del estado –un acontecimiento político que fue más difícil de contener y revertir que las rebeliones de Francia.

“Estos «levantamientos» por supuesto podrían asemejarse de manera analítica a las recurrentes revueltas por comida y alborotos campesinos de los siglos anteriores. Creo que la burguesía del mundo percibió que algo diferente estaba ocurriendo, que a esos «levantamientos» podrían catalogárseles mejor como los primeros disturbios verdaderamente antisistémicos (es decir, en contra del sistema capitalista) del mundo moderno. No es que esos levantamientos antisistémicos tuvieran mucho éxito, sino que al menos se habían suscitado y por lo tanto presagiaron un importante cambio cualitativo en la estructura del sistema-mundo capitalista, un punto de cambio en sus políticas.

“A partir de ese momento la burguesía mundial llegó a una segunda inferencia muy lógica. Un cambio político constante a corto plazo era inevitable... Sólo aceptando la normalidad del cambio la burguesía mundial podría tener la oportunidad de contenerlo y retrasarlo”.⁵⁴

Un aspecto a destacar es que a pesar de la interpretación diametralmente distinta que los autores dan a la revolución francesa, coinciden en destacar que las inestabilidades y conflictos entre grupos sociales dominantes abrieron la puerta a la participación de los grupos sociales subalternos. De tal manera, las clases populares llevaron el proceso revolucionario más allá de las intenciones e intereses de cualquiera de los grupos involucrados en su inicio y pusieron en peligro las bases de poder social en el cual se asentaban los grupos dominantes. Éstos tuvieron que responder en consecuencia, promoviendo cambios, compromisos y reacciones que frenaran o desviaran las transformaciones sociales que los sectores populares pretendían.

Siguiendo esa línea de interpretación, los procesos revolucionarios pueden ser concebidos como momentos en los cuales la normalidad del poder es puesta en entredicho y que por tanto dan a los sometidos oportunidades de acción colectiva mucho más amplias que lo habitual.

6. Correlaciones entre los distintos tipos de Estado y el desarrollo social.

Durante todo el siglo XVIII y XIX, y especialmente a través de los procesos revolucionarios “desde abajo” y de reformas “desde arriba” a los que hemos aludido, se fue conformando un tipo de Estado moderno que podemos considerar como **“Estado constitucional”**. Su estructura se inserta en un sistema interestatal en el cual cada unidad reclama soberanía sobre un territorio delimitado. En ese marco, los rasgos más significativos del proceso político son: a) su “civilidad”, que pone los aparatos de coerción bajo órganos civiles de gobierno y difumina la presencia de la coerción en la vida social; b) la multiplicidad de focos de poder que tienen variadas competencias e intereses, que permiten alineamientos y participaciones variadas de diversos sectores de la población; c) su apertura a la negociación y al cambio constantes para lograr equilibrios entre intereses individuales y colectivos; d) la controversia permanente y regulada entre diversas facciones; y e) la centralidad de las instituciones representativas, que establece una forma de transacción entre las opiniones, las voluntades y los intereses sociales⁵⁵. El Estado constitucional

⁵⁴ Immanuel Wallerstein, «La Revolución francesa como suceso histórico», en *Impensar las ciencias sociales*, op. cit.

⁵⁵ Gianfranco Poggi, *El desarrollo del Estado moderno. Una introducción sociológica*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997, capítulo V.

representó el triunfo del liberalismo como ideología hegemónica a nivel mundial y dotó de un marco de legitimidad legal racional a la dominación ejercida por los sectores sociales asociados al desarrollo capitalista.

El **capitalismo liberal** representa el modelo social más dinámico del siglo XIX. Parte de una constante del sistema capitalista cual es la división entre Estado –como esfera pública para el control del poder y la reproducción del orden social– y mercado –como esfera pública de intercambios privados entre actores económicos que posibilitan la reproducción ampliada del capital–. El modelo liberal se asentó en pautas ideológicas y culturales fuertemente afianzadas a lo largo del siglo XIX, hasta tal punto que sus opositores de derecha y de izquierda, conservadores y socialistas, compartían sus supuestos básicos: que el Estado nacional es la forma de organización lógica y que el desarrollo económico es posible en ese marco⁵⁶. Lo que caracteriza al liberalismo es una constante desconfianza respecto de la acumulación de poder en el Estado, que sin embargo es utilizado para controlar a las clases sociales subalternas y favorecer la expansión del capital. De hecho, el Estado liberal constituye una variante de Estado capitalista, en tanto sus acciones favorecen directamente el mantenimiento y consolidación de relaciones de producción capitalistas. Más crudamente, su carácter clasista pudo apreciarse tempranamente, v.g. en el ejemplo inglés con las leyes de cercamiento, la prohibición de las actividades sindicales y la criminalización de toda protesta social.

El capitalismo liberal se caracterizó por el constante incremento de la productividad, la acumulación de capital y la ocupación imperialista de casi todo el planeta, que culminó hacia 1912-14 en una agudización de las tensiones sociales y políticas y desembocó en la Primera Guerra Mundial. Pero desde su mismo triunfo como ideología del Estado constitucional, el liberalismo se había visto contestado por corrientes políticas y sociales que defendían la intervención del Estado en asuntos socio-económicos. La agudeza de los problemas sociales generados por la industrialización y el desarrollo de relaciones de producción y mercados capitalistas se reflejó en la creciente preocupación de círculos progresistas y conservadores. A lo largo del siglo XIX se fue consolidando una tendencia a hacer intervenir al Estado en las cuestiones sociales como la asistencia pública y la ayuda a los necesitados. Algunos autores como Robert Castel refieren a la larga formación de un “**Estado social**” que se impondría poco a poco sobre el modelo liberal y recién culminaría en el siglo XX con formaciones estatales que intervendrían fuertemente en los aspectos sociales.

La gran guerra de 1914-18 y la oleada de revoluciones y huelgas sindicalistas, socialistas y anarquistas con la que terminó la etapa propiamente «liberal» fracturaron el optimismo de la burguesía internacional en un desarrollo armónico. Las tensiones que el liberalismo había controlado mediante la formación de Estados constitucionales y los sistemas de representación política estallaron. La última etapa de ese proceso fue la crisis económica de 1929-30, en la que se mezclan una especulación financiera descontrolada que actúa como detonante, con una crisis de sobreproducción motivada por los métodos tayloristas de maximización de la productividad –cadena de montaje, división del trabajo, alta tecnificación– y por la incapacidad de los asalariados de comprar los bienes que ellos mismos producían.

El Estado revolucionario surgido en Rusia después de 1917 giró rápidamente a la construcción de un sistema político-social que podemos denominar **socialismo soviético**, para diferenciarlo de otras experiencias que reclaman esa misma tradición política. El hecho de que Rusia fuera un país semiperiférico, relativamente subdesarrollado frente a los Estados occidentales, ha sido analizado desde muy variadas perspectivas para explicar las condiciones formativas del Estado soviético. Perry Anderson señala:

“La autocracia era un Estado feudal, aunque Rusia en el siglo XX era una formación social mixta, dominada por el modo de producción capitalista... A pesar de su común naturaleza y funciones de clase [con respecto a otros Estados absolutistas], el ancien régime ruso sobrevivió a sus equivalentes occidentales tanto tiempo debido a que nació de una diferente matriz. Al final, el absolutismo ruso sacó su gran fuerza del mismo advenimiento del capitalismo industrial, implantándolo burocráticamente desde arriba... El desarrollo internacional del imperialismo capitalista,

⁵⁶ Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Siglo XXI Ed., México, 1999.

que irradió al Imperio Ruso desde occidente, fue lo que hizo posible esta combinación de la tecnología más avanzada del mundo industrial con la monarquía más arcaica de Europa. Finalmente, por supuesto, el imperialismo, que había armado al absolutismo ruso en un primer momento, lo acabó ahogando y destruyendo: la prueba de la Primera Guerra Mundial fue demasiado para él. Puede decirse con toda razón que estaba literalmente «fuera de su elemento» en una confrontación directa entre los Estados industriales imperialistas. En febrero de 1917, las masas tardaron una semana en derrumbarlo.

“... La revolución rusa no se hizo en modo alguno contra un Estado capitalista. El zarismo que cayó en 1917 era un aparato feudal: el Gobierno Provisional nunca tuvo tiempo de sustituirlo con un aparato burgués nuevo y estable. Los bolcheviques hicieron una revolución socialista, pero desde el principio hasta el fin nunca se enfrentaron contra el enemigo central del movimiento obrero de occidente. En este sentido, la intuición más profunda de Gramsci era correcta: después de la Revolución de Octubre, el moderno Estado capitalista de Europa occidental era todavía un objeto político nuevo para la teoría marxista y para la práctica revolucionaria. La profunda crisis que sacudió en los años 1917-20 a todo el continente, asolado por la guerra, dejó su específica y significativa herencia... El Estado imperial ruso fue derrocado por una revolución proletaria. El Estado imperial austríaco fue borrado del mapa por una revolución nacional burguesa. La destrucción y desaparición de ambos fue permanente. La causa del socialismo triunfó en Rusia en 1917 y palpitó brevemente en Hungría en 1919. Sin embargo, en Alemania, clave estratégica de Europa, la transmutación capitalista de la monarquía prusiana garantizó la supervivencia íntegra del viejo aparato de Estado hasta la época de Versalles”.⁵⁷

En ese marco internacional, la formación del Estado soviético se realizó sobre bases sociales que se habían formado bajo el zarismo. Si bien el soviétismo implicó la desestructuración de las clases dominantes como la aristocracia terrateniente y la burguesía, culminó en la instauración de una nueva sociedad de clases, en la cual el papel dominante estaba asignado a los burócratas del Partido-Estado.

“Rusia, por aceptación general, era un país atrasado. Si, antes de la revolución, el rápido desarrollo de la industria había llevado a algún socialista impaciente a sobrevaluar la creciente madurez de Rusia por una transformación socialista, al final de la guerra civil ya no era posible por cierto hacerse ilusiones sobre tal «madurez». El país estaba devastado; sus no demasiado numerosas clases alta y media, destruidas y dispersas, la clase obrera, agotada y desclasada y los campesinos en agitación continua. En aquel momento en la realidad rusa no había ni fuerzas sociales ni tendencias claramente individualizables con las cuales poder contar con seguridad con el fin de crear una dinámica interna en dirección al socialismo, a excepción de la pura voluntad política del grupo dirigente. La máquina del Estado, por lo que respecta a la masa esencial de los chinonichi (es decir, funcionarios o más bien burócratas), no parecía ofrecer ninguna garantía; la masa de los adherentes al partido, en rápido cambio y en gran parte inexperta y sin suficiente preparación ideológica, tampoco ofrecía plena garantía; debía ser reeducada y adoctrinada desde el principio porque los ideales originarios de los bolcheviques no eran compartidos espontáneamente por los recién llegados que se tornaron rápidamente la gran mayoría. Los marxistas, después de la guerra civil, se encontraron por lo tanto sobre un terreno del todo desconocido donde faltaba cualquier base de un «proceso» en dirección de los objetivos estratégicos del partido...”

“(...) A pesar de que faltaba el deseable sostén social, especialmente a causa de la contracción de la clase obrera, el partido no operaba y no podía operar en el vacío: habiendo comenzado a apoyarse cada vez más sobre el Estado y cada vez menos sobre las masas inseguras, el aparato estatal, fuera cual fuera la composición social de la burocracia, estaba asumiendo gradualmente la función de palanca principal para el logro de los fines deseados.

⁵⁷ Perry Anderson, *El Estado Absolutista*, México, Siglo XXI Ed., 1996, segunda parte, Capítulo 6.

“De esta manera el bolchevismo adquirió una base social que no quería y que no reconoció inmediatamente: la burocracia...”⁵⁸

Desde el punto de vista de la acumulación de capital, los Estados soviéticos se rigieron progresivamente por una lógica capitalista con la sustancial diferencia que no tenían una clase de propietarios privados que controlara los medios de producción e intercambio, sino que los beneficios obtenidos por la burocracia se asentaban en su control de las políticas públicas y los medios represivos, permitiendo una distribución desigual del excedente basada en la jerarquía. El intento de emulación de los logros económicos, tecnológicos y militares capitalistas en el mismo terreno del sistema mundial, sumado a la pérdida de todo significado político para las masas y a la demostración de las «bondades» del capitalismo por los bienes de consumo y los medios de comunicación occidentales, terminaron por minar el sistema soviético, que se desmoronó y dio paso a una integración periférica de esos Estados con Occidente en la década de 1990.

Los **Estados nazi-fascistas**, por su parte constituyen una variante altamente represiva y totalitaria de capitalismo monopolista. Al tiempo que garantizaban el orden social y la acumulación de capital, eran funcionales a la expansión de la dominación capitalista en un mundo que ya estaba bastante dividido como para tolerar nuevas hegemonías. La hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, con el final del experimento nazi alemán y del expansionismo militarista japonés, estigmatizó al nazi-fascismo, invalidándolo como vía de desarrollo que pudiera ser asumida por los países centrales. La actual emergencia de actores políticos neofascistas en Europa no podría ser vista como una reedición de ese modelo de sociedad, ya que comparten con él apenas un conjunto de ideas racistas, una aversión a la cultura independiente y una moral reaccionaria; desde el punto de vista económico, no son menos (neo)liberales que sus adversarios conservadores.

El modelo conocido como **Estado de Bienestar**, a pesar de tener variantes muy diferentes entre distintos países y generar imitaciones no muy logradas en la periferia, puede ser definido como la variante capitalista más desarrollada del «Estado social». Esto es, un Estado que se preocupa por la paz social no con medidas represivas sino promoviendo la integración económica y cultural de la población, bajo el predominio del gran capital pero con el reconocimiento de otros actores corporativos como los sindicatos y las asociaciones secundarias. Esa preocupación se combinó con las ideas de J. M. Keynes sobre la necesidad de intervención del Estado en la economía para evitar los desequilibrios y crisis producidas por los mercados. Económicamente el Estado de Bienestar se basa en el modelo de acumulación fordista, que como el taylorismo busca maximizar la productividad pero a la vez compensa a los asalariados con mayor participación en las ganancias por vías directas e indirectas, con el fin de asegurar su colaboración y permitir el consumo de mayor cantidad de bienes, evitando la sobreproducción.

El hecho de que la formación social capitalista más poderosa del siglo XX fuera los Estados Unidos contribuyó a la extensión del modelo de capitalismo americano y de empresa fordista. Ese predominio se basó en un nuevo tipo de empresa que reemplazó al capitalismo liberal de tipo británico dominante hasta fines del siglo XIX y principios del XX:

“La agencia que lideró y domino esa sustitución [del sistema de mercado mundial británico] no fue el capitalismo financiero en ninguna de sus variantes, sino el capitalismo corporativo que emergió en Estados Unidos mediante la formación de empresas comerciales multidepartamentales verticalmente integradas y burocráticamente gestionadas. Una vez que esas empresas se consolidaron en el espacio económico enorme, diversificado, autosuficiente, dinámico y bien protegido englobado por el Estado estadounidense, comenzaron a disfrutar de ventajas competitivas decisivas en la economía-mundo globalmente considerada, tanto frente al capitalismo de mercado, modelo británico, como al capitalismo corporativo, modelo alemán.

“(…) Por otro lado, acometiendo la expansión transnacional una vez que habían completado su integración doméstica continental, las corporaciones estadounidenses se convertían en «caballos de Troya» en los mercados domésticos de otros Estados, dado que movilizaban recursos y poder de compra extranjeros en beneficio de su propia expansión burocrática. El capital corpora-

⁵⁸ Moshe Lewin, “Las bases sociales del stalinismo”, en V.I. Lenin y otros, *Contra la burocracia*, Ed. Pasado y Presente / Siglo XXI, México, 1980, pp. 9-13.

*tivo estadounidense se benefició, por tanto, del movimiento proteccionista que estaba desgarrando el mercado mundial británico de dos formas que se relacionaban y reforzaban entre sí. Se benefició mediante el control que ejercía sobre las más amplia, dinámica y mejor protegida de las economías nacionales en las que se estaba dividiendo el mercado mundial, y se benefició mediante su superior capacidad para neutralizar y aprovechar el proteccionismo de otros Estados mediante la inversión exterior directa.*⁵⁹

El capitalismo corporativo norteamericano avanzó rápidamente a una producción en escala de bienes de consumo. Las sucesivas crisis que sufrió el sistema mundial entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales significaron la quiebra definitiva del modelo liberal y el afianzamiento de los Estados Unidos como potencia hegemónica:

“Las dos guerras mundiales significaron para los Estados Unidos, como para la mayor parte de los países, rupturas bien definidas. A partir de la Primera Guerra Mundial, la vida política y social estuvo dominada cada vez más por consideraciones económicas y este período se contempla generalmente como un ciclo económico completo. La profunda depresión posbélica fue seguida de una fase de prosperidad en la década de 1920. La sociedad americana de la década de 1920 fue la primera sociedad de consumo de masas, con todas sus virtudes y defectos, treinta años antes de que otros países alcanzaran este nivel. De hecho, la importancia del consumidor no fue manifiestamente mayor en la economía de aquella década que lo que había sido antes; durante largo tiempo los Estados Unidos habían disfrutado de alimentos baratos y de una mano de obra relativamente escasa, así como de un amplio mercado de consumo. La diferencia estribaba en que en la década de 1920 los principales productos de consumo en América eran los mismos que hoy [1977, fecha de la edición del texto citado]. Los artículos de consumo “duros”, utilizables durante varios años (por ejemplo, los aparatos de radio), eran producidos en abundancia y a bajo precio; la producción en gran escala se basaba en innovaciones tan fundamentales como la cadena de montaje. La demanda de un producto determinado, automóviles, por ejemplo, fomentaba la demanda de productos complementarios, tales como neumáticos, residencias secundarias y albergues de carretera. Los niveles de venta se mantenían mediante la publicidad en los periódicos y en la radio, algo de por sí nuevo. El cine llevaba a los rincones más alejados del país una imagen estereotipada de la «buena vida». En aquella época ningún otro país, ni siquiera remotamente, alcanzó esta situación económica y los europeos miraban a los Estados Unidos con una mezcla de incredulidad, admiración y envidia.

*Pero a partir de mediados de 1929 el país se sumió en un marasmo económico de una gravedad devastadora. La producción industrial descendió constantemente a lo largo de cuatro años y las quiebras y el paro crecieron proporcionalmente. El sistema financiero se derrumbó y en todas partes los agricultores se arruinaron. En la primavera de 1933 millones de personas dependían de la caridad y hombres y mujeres morían de hambre en las calles de Nueva York... Esa amarga experiencia, tan próxima al descubrimiento de la «eterna prosperidad», provocó un profundo cambio en la sociedad americana, modificando en particular las relaciones entre el gobierno y la economía. En la década de 1920 parecía que el Estado y sus aparatos eran en gran medida superfluos. El producto nacional bruto crecía a un ritmo tal que se pensaba que el mero funcionamiento de la economía acabaría por resolver el viejo problema de la pobreza. Los progresistas dieron paso a un conservadurismo pagado de sí mismo que se conformaba con ser mero espectador de una escena en la que las compañías rivales se disputaban el dólar del consumidor. Esta fe elemental en la eficacia de la economía no pudo sobrevivir a la depresión, como tampoco sobrevivieron los valores individualistas, la idea de que los hombres únicamente podían prosperar en virtud de su esfuerzo personal”.*⁶⁰

Durante los “treinta años dorados” posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo de bienestar presentó un horizonte de inclusión social y participación como consumidores para todos los sectores sociales de los Estados centrales. En ese período, el crecimiento basado en

⁵⁹ Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, op. cit., p. 353.

⁶⁰ Dudley E. Baines, «Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941», en Willi Paul Adams ed., *Los Estados Unidos de América*, México, Siglo XXI Ed., 1979.

métodos fordistas y la acción de las estructuras estatales proporcionaron la base material para un compromiso de clases que permitía una mejor redistribución del ingreso. La fractura del modelo de acumulación fordista con la crisis del petróleo en 1973, el desarrollo tecnológico que hace innecesario acrecentar la productividad del trabajo operario y la deslegitimización y posterior caída del socialismo soviético fueron los componentes de la crisis del Estado de Bienestar occidental. A partir de ese momento se produjo un auge de las políticas neoliberales, inicialmente en los Estados Unidos y Gran Bretaña y luego en el conjunto del sistema-mundo. La desestructuración de los sistemas de asistencia social, el retiro del Estado de diversos campos de actividad y un crecimiento de las desigualdades sociales fueron las características de las dos últimas décadas.

Actualmente no existe consenso entre los especialistas sobre la caracterización de la actual etapa en términos de modelo societal, aunque hay un conjunto de nociones polémicas en danza como neoliberalismo, globalización y más recientemente “Imperio” —en sentidos muy distintos—. Bob Jessop ha propuesto la idea de un **Estado de Trabajo Schumpeteriano** por oposición al Estado de Bienestar Keynesiano, que se preocuparía sustancialmente por controlar y capacitar fuerza de trabajo de acuerdo con las presiones y necesidades del mercado mundial, así como por bajar todo lo posible los costos de producción para permitir la competitividad de las empresas⁶¹. La mayor parte de los autores sigue utilizando expresiones más genéricas como “posfordismo” —o a veces “toyotismo”— para hablar de las estructuras económicas flexibles y altamente tecnologizadas, y “crisis del Estado de Bienestar” o del “Estado Social” para referirse al predominio conservador y neoliberal.

7. ¿Una “sociedad mundial”?

En la primera sección de este escrito se discutió el concepto de “sociedad”. Aunque el mundo se encuentra estructurado actualmente en un sistema de Estados nacionales —o mejor dicho, contruidos sobre el modelo de Estado nacional— ciertas tendencias hacen que se diluyan los límites entre sociedades particulares. En primer lugar, las capacidades de los Estados para reivindicar el control y acción sobre territorios determinados disminuye, mientras que se acrecientan las capacidades de las agencias transnacionales. Esa crisis de las capacidades estatales repercute en los reclamos de legitimidad y se ve acrecentada por la disolución de las identidades sociales atadas al territorio, la lengua, los modos de vida locales o la tradición nacional.

Si bien no existe una “sociedad mundial” en el sentido dado al término “sociedad” en la sección anterior, es posible encontrar consensos valorativos ampliamente extendidos y estructuras de dominación y acción social a escala del mercado mundial. En los últimos años el término “globalización” ha invadido todos los espacios sociales, apareciendo en los medios de comunicación, la literatura especializada e incluso el habla cotidiana como un concepto polisémico con cuyo empleo se pretende dar cuenta de los procesos actuales más complejos y disímiles. “La globalización” se ha convertido entonces en una expresión con vida propia, que por su simple mención permitiría explicar todas las grandes transformaciones y tensiones a las que se encuentran sometidas las sociedades humanas.

En general existen amplias coincidencias en postular una identidad entre la formación de un espacio globalizado y el desarrollo del capitalismo —o en otras concepciones de la “economía de mercado”—. Las discrepancias son fuertes en lo que respecta al sentido de ese proceso. Dentro de las teorías que intentan dar cuenta de lo que propiamente se podría denominar “mundialización” se distinguen especialmente aquellas que establecen una relación de países centrales y periféricos marcada por el intercambio desigual (como el dependentismo y la teoría de los sistemas mundiales) otras que estudian los procesos de desarrollo desigual marcados por la relación entre Estados nacionales y mercado mundial, y las que se refieren al espacio global como un ámbito integrado por redes o rizomas (*networks*).

Otro punto central de las divergencias de interpretación es el de la periodización del fenómeno. Si bien el actual proceso de mundialización puede entenderse como punto de llegada de un desarrollo de larga duración que comienza con la formación del capitalismo y el surgimiento de

⁶¹ Bob Jessop, *Crisis del Estado de Bienestar*, Siglo del Hombre Ed. / Universidad Nacional de Colombia, Santa Fe de Bogotá, 1999.

un mercado mundial a partir de los siglos XV y XVI, también puede concebirse como algo radicalmente nuevo que distingue a la segunda mitad del siglo XX de la historia precedente del capitalismo. En ese sentido los años '30 y la Segunda Guerra Mundial pueden ser tomados como el corte que divide dos grandes modos de desarrollo del capitalismo: el imperialista clásico y el mundializado. En ese momento se sentaron las bases de un nuevo modo de regulación del capital, basado en la reconstrucción de los mercados, en un nuevo régimen salarial y en la asociación entre el armamentismo y el desarrollo capitalista. El nuevo tipo de organización sistémica emergente posibilitó un nuevo salto tecnológico cuyos resultados se ven en la actualidad.

Ese nuevo modo de organización sistémica permitió superar la crisis del capitalismo nacional-imperialista abierto con la revolución soviética y la crisis del '29, pero es notorio que la mundialización no se puede limitar a un nuevo modo de regulación del capital, sino que implica también otras dimensiones. Hay que atender particularmente a las mutaciones producidas en el ritmo de cambio y el ámbito de cambio⁶² –aceleración del primero, ampliación del segundo–, que conllevan la construcción de nuevas percepciones del tiempo y del espacio tendientes a su unificación. Estas dimensiones se constituyen como espacio y tiempo de la mercancía.

Guy Debord propuso ya en 1967 el concepto de "sociedad del espectáculo" para definir el tipo de relaciones propio de la etapa mundializada. En su concepción, el espectáculo es una forma de dominación de índole tecno-estética que se encuentra ampliamente desarrollada. La forma de dominación se establece en el campo de lo simbólico y de lo imaginario, de tal manera que los sujetos individuales y sociales quedan presos de su modo de existencia. Algunos de los postulados de Debord, escritos cuando aún no se hablaba de globalización o mundialización, resultan sumamente interesantes:

"40 - ... La producción de mercancías, que implica el intercambio de diversos productos entre productores independientes, pudo seguir siendo artesanal durante mucho tiempo, contenida en una función económica marginal donde su verdad cuantitativa todavía estaba oculta. Sin embargo, allí donde encontró las condiciones sociales del gran comercio y de la acumulación de capital, se abrió del dominio total sobre la economía. La economía entera se transformó entonces en lo que la mercancía había indicado ser durante esta conquista: un proceso de desarrollo cuantitativo. Este despliegue incesante del poderío económico bajo la forma de mercancía, que transformó el trabajo humano en trabajo-mercancía, en régimen salarial, desembocó acumulativamente en una abundancia en la cual la cuestión primaria de la supervivencia está indudablemente resuelta, pero de tal forma que reaparece siempre, una vez replanteada en un plano superior... La independencia de la mercancía se ha extendido al conjunto de la economía, sobre la que reina. La economía transforma al mundo, pero lo transforma solamente en mundo de la economía..."

"41 – Inicialmente, el dominio de la mercancía sobre la economía fue ejercido de manera oculta, dado que la economía misma –en cuanto base material de la vida social– permanece sin ser observada o comprendida, como el familiar al que aún no conocemos. En una sociedad donde la mercancía concreta es todavía escasa o minoritaria, la dominación aparente del dinero se presenta como el emisario provisto de plenos poderes, que representa a una potencia desconocida. Con la revolución industrial, la división manufacturera del trabajo y la producción masiva para el mercado mundial, aparece efectivamente la mercancía, como potencia que viene efectivamente a colonizar la vida social..."

"42 – El espectáculo es el momento en que la mercancía ha logrado la colonización total de la vida social. La relación con la mercancía no sólo es visible, sino que es lo único visible: el mundo que se ve es su mundo. La producción económica moderna extiende su dictadura de modo extensivo e intensivo. En los lugares menos industrializados, su reinado ya está presente a través de algunas mercancías-vedettes y, en tanto dominación imperialista, por las zonas que encabezan el desarrollo de la productividad. En estas zonas avanzadas, invade el espacio social una superposición continua de capas geológicas de mercancías. En este nivel de la «segunda

⁶² La distinción es de Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Ed., Madrid, 1994.

revolución industrial», el consumo alienado se convierte, para las masas, en un deber que complementa la producción alienada".

"145 – Con el desarrollo del capitalismo, el tiempo reversible se unificó a escala mundial. La historia universal se convierte en una realidad, ya que el mundo entero se reúne bajo el desarrollo de este tiempo. Pero esta historia que en todas partes es la misma a la vez, sólo es el rechazo interhistórico de la historia. Es el tiempo de la producción económica, recortado en fragmentos abstractos iguales, que se manifiesta en todo el planeta como el mismo día. El tiempo irreversible unificado es el del mercado mundial, y como corolario, el del espectáculo mundial.

"146 – El tiempo irreversible de la producción es, antes que nada, la medida de las mercancías..."

"165 – La producción capitalista ha unificado el espacio, que ya no está limitado por sociedades exteriores. Esta unificación es, al mismo tiempo, un proceso extensivo e intensivo de trivialización. La acumulación de mercancías producidas en serie para el espacio abstracto del mercado, así como debía romper todas las barreras regionales y legales y todas las restricciones corporativas del medioevo que mantenían la cualidad de la producción artesanal, debía también disolver la autonomía y la cualidad de los lugares. Este poder de homogeneización es la artillería pesada que ha derribado todas las murallas chinas.

" 166 – En adelante, el espacio libre de la mercancía es modificado y reconstruido a cada momento para volverse cada vez más idéntico a sí mismo, para acercarse mejor a la monotonía inmóvil." ⁶³

En el texto citado Debord no nos habla solamente a la unificación del tiempo y del espacio, sino que en primer lugar se preocupa por la extensión de la forma mercancía como parámetro de todas las relaciones humanas. "Colonizando" la vida social, el mercado destruye las formas previas de sociabilidad. En el mismo registro, Jappe señala:

"... Por lo general, la existencia de mercancías suele considerarse un hecho enteramente natural, por lo menos en cualquier sociedad medianamente desarrollada, y la sola cuestión que se plantea es qué hacer con ellas. Se puede afirmar, desde luego, que hay gente en el mundo que tiene demasiado pocas mercancías y que habría que darles un poco más, o que algunas mercancías están mal hechas o que contaminan o que son peligrosas. Pero con eso no se dice nada contra la mercancía en cuanto tal. Se puede desaprobear ciertamente el "consumismo" o la "comercialización", eso es, pedirle a la mercancía que se quede en su sitio y que no invada otros terrenos como, por ejemplo, el cuerpo humano. Pero tales observaciones tienen un sabor moralista y además parecen más bien "anticuadas", y estar anticuado es el único crimen intelectual que aún existe. Por lo demás, las raras veces que parezca ponerse en tela de juicio la mercancía, la sociedad moderna se precipita a evocar las fechorías de Pol Pot, y se acabó la discusión. La mercancía ha existido siempre y siempre existirá, por mucho que cambie su distribución.

"Si se entiende por mercancía simplemente un "producto", un objeto que pasa de una persona a otra, entonces la afirmación de la inevitabilidad de la mercancía es sin duda verdadera, pero también un poco tautológica. Esta es, sin embargo, la definición que ha dado toda la economía política burguesa después de Marx. Si no queremos contentarnos con esa definición, hemos de reconocer en la mercancía una forma específica de producto humano, una forma social que sólo desde hace algunos siglos –y en buena parte del mundo, desde hace pocos decenios– ha llegado a ser predominante en la sociedad. La mercancía posee una estructura particular, y si analizamos a fondo los fenómenos más diversos, las guerras contemporáneas o las quiebras de los mercados financieros, los desastres hidrogeológicos de nuestros días o la crisis de los Estados nacionales, el hambre en el mundo o los cambios en las relaciones entre los sexos, hallamos siempre en el origen la estructura de la mercancía. Conste que eso es consecuencia del hecho de que la

¹ Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires, Ed. La Marca, 1995.

sociedad misma lo ha reducido todo a mercancía; la teoría no hace más que tomar nota de ello."⁶⁴

El predominio omnipresente del espectáculo y de la forma mercancía, así como la mundialización del capital, del poder militar y de la cultura también implican la exclusión de sectores sociales y regiones enteras. La fragmentación, la separación y la coexistencia de "tiempos históricos" distintos es la otra cara del proceso⁶⁵. Las posibilidades de la acción social se encuentran entonces restringidas por los marcos generales del sistema capitalista y por los consensos valorativos dominantes; pero sin embargo, son al mismo tiempo más amplias que en otros momentos históricos, porque los sujetos individuales y sociales pueden volverse más reflexivos que antes y asumir compromisos, ya no dados por su ubicación social, sino en función de su opción por valores.

⁶⁴ Anselm Jappe, "Las sutilezas metafísicas de la mercancía", revista *Krisis*, 2002. Disponible en http://www.giga.or.at/others/krisis/a-jappe_las-sutilezas-metafisicas_spanisch.html

⁶⁵ Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, Buenos Aires / México, 1999.